

Poema de Mio Cid

Refundición de

E l e a z a r H u e r t a

PLAN DE LA EDICION

- 1º *Prólogo*: Conjunción de mito y estilo en el *Mio Cid*.
- 2º *Texto refundido*, en español actual.
 - (– con renglones numerados, para permitir *notas* referidas con facilidad y el *cotejo* con el texto original.
 - tituillos de las tiradas suprimidos, para evitar que el lector los considere como pertenecientes al texto.
 - reemplazados por *acotaciones marginales*, que eviten dicho riesgo).
- 3º *Apéndices*.
 - a) *Notas* para aclarar el *sentido* del texto y su *rango*; accesoriamente, para precisiones históricas y gramaticales.
 - b) *Texto de Per Abat*, según la ed. crítica de M. P. puede llevar algunas notas eruditas de pie de pág.
 - c) *Resumen cronológico* de la vida de don Rodrigo Díaz, personaje histórico.
 - d) *Fragmentos seleccionados* de mis obras: *Poética del Mio Cid*, *Indagaciones épicas* y *El simbolismo de la mano en Bécquer*.
 - e) *La edición crítica*, cómo fue elaborada.

CANTAR PRIMERO

EL DESTIERRO

01

*El Cid, como
enviado del
rey castella-
no, va a Se-
villa a cobrar
las parias*

- (5) Nacido en buena hora / para la Cristiandad
fue Mio Cid Ruy Díaz, / Campeón de Vivar.
Un injusto destierro / hubo de soportar
pero supo encararlo / con muy grande piedad.
Por eso, aquellos males, / la Santa Trinidad
en honra y en provecho / se los vino a tornar.
- (10) El Cid marchó a Sevilla / con encargo real:
al buen Almutaniz / las parias va a cobrar.
Lo encontró pe'leando / en lucha desigual
con el rey de Granada, / su enemigo mortal.
Es que al rey de Granada / le han venido a
[ayudar
varios condes cristianos, / en forma desleal:
ese conde García / Ordóñez y otros más.
E to al Cid don Rodrigo / húbole de pesar.

02

*El Cid afren-
ta a García
Ordóñez, el
traidor, pero
lo libera jus-
to al tercer
día*

- (15) El Cid, desde Sevilla, / sus cartas ha enviado
al conde don García / y a los demás cristianos.
Les pide que no ataquen / un reino que es
[vasallo
de su señor Alfonso, / el buen rey castellano,
Pero los desleales / no le hacen ningún caso
y al castillo de Cabra, / en su avance, han
[llegado.
- (20) El Cid forma una tropa / de moros y cris-
[tianos
y sale decidido / a defender el campo.
Recia fue la batalla / que al alba han empe-
[ñado,
duró hasta el mediodía, / en que el Cid la ha
[ganado.
- (25) Huye el rey de Granada, / muchos muertos
[dejando,
y al conde don García, / el Cid lo ha cauti-
[vado.
Luego, para castigo / de traidor tan probado,

- 16b Salían a verlo / mujeres y hombres;
 desde las ventanas / todo Burgos vióle,
 con dolor que llanto / en los ojos pone.
 Y todos murmuran / con la misma pena:
 20 “¡Dios, qué buen vasallo / si buen rey
 [tuviera!”

4

*Por miedo,
 nadie alber-
 ga al Cid*

- Albergarlo querían / mas ninguno lo osaba,
 temen a don Alfonso, / que era rey de gran
 [saña.
 La víspera en la noche / llegó a Burgos su
 [carta,
 con orden rigurosa / que el sello acreditaba:
 25 que a Mio Cid Ruy Díaz / nadie le dé posada,
 y aquél que se la diese / sepa lo que le
 [aguarda:
 perderá sus haberes, / los ojos de la cara,
 y aun más, sin confesión, / perderá cuerpo y
 [alma.
 Gran dolor afligía / a las gentes cristianas.
 30 De Mio Cid se esconden, / no le osan decir
 [nada.
 El buen Campeador / marchó hacia su
 [posada;
 cuando llegó a la puerta, / hallóla bien
 [cerrada.
 Por miedo al rey Alfonso, / los de dentro
 [acordaban
 que no pase la puerta / si no es quebrantán-
 [dola.
 35 De la escolta del Cid / a grandes voces llaman
 pero los posaderos / no contestan palabra.
 El Cid contra la puerta / el caballo lanzaba,
 sacó el pie del estribo, / con él un bote daba,
 mas no se abrió la puerta, / que está muy bien
 [cerrada.
 40 Una niña de nueve / años se le acercaba:
 “Campeador que en hora / feliz ceñiste
 [espada,
 el rey veda ayudarte. / Anoche envió carta
 con orden rigurosa / que el sello acreditaba.
 No podemos abrirte / ni ayudarte por nada,
 45 de hacerlo perderíamos / los haberes y casas,
 además perderíamos / los ojos de la cara.

*Una niña de
 nueve años
 pide al Cid
 que se aleje.
 Apiadado,
 éste acampa
 en el arenal
 del río*

- Buen Cid, con nuestro mal / no ganarías
 [nada.
 Que el Señor te mantenga / en su divina
 [gracia”.
 Esto dijo la niña / y se volvió a su casa.
 50 Va viendo Mio Cid / cuánta es del rey la
 [saña.
 Se aleja de la puerta, / por Burgos galopaba.
 Llegó a Santa María / y ante ella descabalgaba;
 hincado de rodillas, / de corazón rezaba.
 Hechas sus oraciones, / otra vez cabalgaba.
 55 Dejóse atrás los muros, / el Arlanzón cruzaba
 y en el arenal, fuera / de Burgos, acampaba;
 manda plantar la tienda, / y luego descabalgaba.
 Mio Cid, el que en hora / propicia ciñó
 [espada,
 posó en un arenal, / porque no tuvo casa,
 60 en medio de la hueste / que le sirve y le
 [guarda.
 Así hubo de acampar, / como en una mon
 [taña.
 También se le prohíbe / que en Burgos com-
 [pre nada
 de todas esas cosas / que sirven de vianda.
 No osarían venderle / la ración más men-
 [guada.

5

*Martín
 Antolínez
 abastece al
 Cid*

- 65 Martín Antolínez, / burgalés cumplido,
 al Cid y a los suyos / les trae pan y vino.
 De nada compró, / lo tenía él mismo.
 También para el viaje / los deja provistos.
 Alegróse de ello / el Cid don Rodrigo
 69b y toda la gente / que va a su servicio.
 70 Habló don Martín, / oíd lo que ha dicho:
 “Ya, Campeador, / en buena nacido,
 durmamos ahora, / y mañana al filo
 del día marchemos, / que haberos servido
 en la ira del rey, / a mí me ha metido.
 75 Pero si con vos / de esta salgo vivo,
 pronto o tarde el rey / querrá ser mi amigo.
 Cuanto a lo que dejo, / no me importa un
 [higo”.

6

*El Cid
planea una
treta para
salir de
apuros*

Habló entonces Mio Cid, / que en buena hora
[ciñó espada:
"Mi buen Martín Antolínez, / el de la va-
[liente lanza:
80 si Dios quiere que yo viva, / he de doblaros
[la paga.
Ahora estoy arruinado, / ya no tengo oro ni
[plata,
vos mismo lo podéis ver, / cómo no me queda
[nada,
aunque bien lo necesito / para toda esta mes-
[nada.
Como sea he de sacarlo, / por buenas no hay
[ni esperanza.
85 Pienso, si os parece bien, / que preparemos
[dos arcas.
Las llenaremos de arena, / para que sean
[pesadas,
irán forradas de cuero / y con tachuelas do-
[radas".

7

*Dos arcas
para engañar
a Raquel y
Vidas*

"Debe ser muy rojo el cuero, / con los clavos
[bien dorados.
Buscadme a Raquel y Vidas / y habladles
[muy reservado:
90 que comprar no puedo en Burgos, / que el
[rey me vigila airado,
que no me puedo llevar / haberes que son
[pesados,
que se los empeñaré / por lo que fuese acor-
[dado,
con tal que sea de noche / y no lo vean cris-
[tianos.
¡Que venga Dios y lo vea, / rodeado de sus
[santos,
95 cómo yo no puedo más / resistirme a lo que
[hago

8

*Don Martín
busca a los
usureros*

Ya Martín Antolínez / sin demora se marcha,
por Burgos atraviesa, / la judería alcanza,
y por Raquel y Vidas / aprisa preguntaba.

9

*Don Martín
hace trato
con la ávara
pareja*

- 100 Halló a Raquel y Vidas / muy de consuno
[ambos,
revisando las cuentas / para ver qué han
[ganado
Saludó don Martín, / cual varón avisado:
“¿Qué tal, Raquel y Vidas, / mis amigos ama-
[dos?
En secreto y a solas, / a los dos quiero ha-
[blaros”.
- 105 No le hacen esperar / y con él se apartaron.
“Raquel y Vidas, dadme / uno y otro las ma-
[nos,
mas no me descubráis / a moros ni a cristia-
[nos.
Os voy a hacer muy ricos, / ya no seréis men-
[guados.
El Cid, cuando a cobrar / las parias fue en-
[viado,
- 110 cogió grandes riquezas / y soberbios regalos,
se guardó para él / lo que valía algo
y de ahí le ha venido / verse ahora acusado.
Tiene dos arcas llenas / del oro más preciado,
ya sabéis que por eso / el rey lo ha desterrado.
- 115 El Cid deja heredades / y casas y palacios,
si llevara las arcas, / podrían atraparlo.
Para él es más seguro / que estén en vuestra
[mano
y le prestéis dineros, / lo que se ajuste en
[trato.
Coged las arcas de oro / y ponedlas a salvo,
120 pero con juramento, / que habrías de hacer
[ambos,
de no abrirlas por nada / en lo que queda
[de año.
Cuchichea entre sí / la pareja de avaros:
“Se presenta un negocio / que puede dejar
[algo.

- Bien sabemos que el Cid / tiene mucho guar-
[dado;
125 lo tomó cuando a tierra / de moros fue en-
[viado.
Nadie duerme tranquilo / con su moneda al
[lado.
Esas arcas conviene / que se las recibamos,
guardándolas en sitio / por nadie sospechado.
Mas decidnos, ¿qué pide / el Cid en este
[trato?
130 ¿Qué ganancia tendremos / en lo que queda
[de año?"
Responde don Martín, / varón muy avi-
[sado:
"Mio Cid se conforma / con lo más necesario,
lo que él quiere es dejar / sus haberes en
[salvo.
Pero a su hueste acuden / hombres necesita-
[dos,
135 así que ha menester, / por hoy, seiscientos
[marcos".
Contestó la pareja: / "Los daremos de gra-
[do".
"Pues como ya anochece / y el Cid anda
[apurado,
entregadme cuanto antes / esos seiscientos
[marcos".
Contestó la pareja: / "no se hace así el
[mercado,
140 lo primero, se toma, / para después ir dando".
Respondió don Martín: / "A tal uso me
[allano.
Vamos a ver al Cid, / que sepa lo tratado,
y luego ayudaremos, / pues es lo acostum-
[brado,
a traeros las arcas / y dejarlas a salvo,
145 en secreto, que nadie / sepa de ese traslado".
Contestó la pareja: / "Muy de acuerdo
[que estamos:
en tomando las arcas, / se pagarán los mar-
[cos".
Ya Martín Antolínez / de prisa ha cabal-
[gado,
lleva a Raquel y Vidas, / muy contentos del
[trato.

*Van a la
tienda del
Cid y
reciben las
arcas*

- 150 No pasan por el puente, / que cruzan por un
[vado,
porque ni alma viviente / en Burgos sepa el
[caso.
Ya llegan a la tienda / de ese Cid renom-
[brado;
al entrar, los judíos / van a besar su mano.
Sonrió Mio Cid / y de este modo ha hablado:
155 “Hola, Ilustre Pareja, / me habíais olvidado,
pero yo no os olvido, / y ahora que el rey me
[ha echado,
de lo que me gané, / quiero que os toque
[algo
y viváis para siempre / con el mayor regalo”.
Raquel y Vidas vuelven / a besarle la mano.
160 Conforme don Martín / ya lo había ajus-
[tado,
prometen por las arcas / dar los seiscientos
[marcos
y guardarlas fielmente / hasta el cabo del año.
Lo juran por su fe / de judíos honrados:
que si antes las abrieran / serán perjuros ma-
[los
165 y perderán el rédito. / de los seiscientos mar-
[cos.
Les dice don Martín: / “Cargad ya sin reparo
y las arcas poned / cuanto más pronto a sal-
[vo.
Yo os acompañaré / para traer los marcos,
que el Cid ha de marchar / antes que cante
[el gallo”.
170 Al cargar de las arcas, / vierais cómo han
[gozado.
No pueden levantarlas, / siendo forzudos
[ambos.
Se alegran los judíos, / las arcas sopesando,
para toda su vida / muy ricos se miraron.

10

*Vaticinio de
Raquel*

- 175 Raquel al Cid Ruy Díaz / la mano le besaba:
“Campeador que en buena / hora ceñiste
[espada;
de Castilla os marcháis / hacia tierras ex-
[trañas,

- vuestra suerte lo quiere, / por daros más ga-
[nancias.
Yo, de una piel bermeja, / por moros ado-
[bada,
tengo deseos, Cid, / y os la pido por gracia”.
- 180 “Me place, dijo el Cid, / por vuestra ya
[miradla,
que si no os la enviare, / se cargará a las
[arcas”.
- Don Martín
remata la
treta y se
gana una
comisión*
- 180b Así Raquel y Vidas / las arcas se llevaban,
180c con ellos don Martín / en Burgos penetraba.
180d De los judíos llegan / en secreto a la casa,
tienden un cobertor / en medio de la sala,
y de lino, sobre él, / una sábana blanca.
Los primeros trescientos / marcos fueron de
[plata,
185 don Martín los recuenta / y cabales los halla;
los segundos trescientos / en oro se los daban.
Cinco escuderos trajo / don Martín y los
[carga.
Cuando esto quedó hecho, / allí oiréis lo que
[hablaba:
“Ya, mi Ilustre Pareja, / la cosa está acabada;
190 yo, que la he procurado, / bien me gané unas
[calzas”.

II

- La pareja dice, / tras aparte hablarlo:
“Bien se lo merece, / por lo que nos trajo”.
Y a él: “Don Martín, / burgalés nombrado,
habéis merecido / que se os dé un regalo
195 para comprar calzas, / rica piel y manto.
Así que os hacemos / don de treinta marcos,
con la obligación / de ayudar al trato,
siendo fiador / de lo que se ha hablado”.
- Martín Antolínez / recibió sus marcos,
200 y tras dar las gracias, / despidióse de ambos.
Se sale de Burgos, / y Arlanzón pasado,
se mete en la tienda / del Cid bien hadado.
Recibiólo éste/ abiertos los brazos:
“Venid, don Martín, / sois mi fiel vasallo;
205 que yo vea el día / de recompensaros”.
- “Buen Campeador, / todo está arreglado:
vos ganáis seiscientos, / yo treinta he ganado.
- El Cid y
Martín
Antolínez
celebran su
treta*

- Levantad la tienda / y luego nos vamos,
 para que en Cardeña / nos canten los gallos
 210 y ver vuestra esposa, / prudente hijadalgo.
 Corta la parada, / porque corre el plazo
 de dejar Castilla / como desterrados”.

12

*El Cid se
 despide de la
 catedral
 de Burgos*

- Dichas estas palabras, / la tienda es recogida.
 Mío Cid y los suyos / cabalgan muy aprisa.
 215 Paró el Cid su caballo / cara a Santa María,
 alzó la mano diestra / y la faz se santigua.
 “Gracias te doy, Señor, / que cielo y tierra

[guías,
 tus virtudes me valgan, / Virgen Santa María.
 Pues que airado está el rey, / debo dejar
 [Castilla,

- 220 no sé si he de volver / a pisarla en mi vida.
 En mi peregrinar, / Gloriosa, sé mi guía,
 no me abandones nunca, / de noche ni de día,
 que si lo haces así / y de mi suerte cuidas
 yo colgaré en tu altar / mis presas las más

- [ricas.
 225 En firme, te prometo / desde ahora mil
 [misas”.

13

*Martín
 Antolínez
 vuelve a la
 ciudad*

- Despidióse por fin / el guerrero cabal.
 Todos tienen ahora / gran prisa por marchar,
 mas dice don Martín, / el burgalés leal:

- 228b “Cid, vuelvo con mi esposa / para despacio
 [hablar
 con ella y los de casa / de lo que al irme
 [harán.

- 230 Si el rey mis bienes toma, / no se me impor-
 [tará.
 Estaré con vos antes / que el sol quiera
 [rayar”.

14

*La llegada a
 Cardeña, al
 amanecer*

- Don Martín se torna a Burgos, / Mío Cid
 [enderezó
 a San Pedro de Cardeña, / el caballo espoleó.
 Iba con los caballeros / que su compañía son.

- 235 Aprisa cantan los gallos / y quebrar quiere
 [el albor
 cuando llegaba a San Pedro / el buen Cid
 [Campeador.
 A tiempo era que don Sancho, / ese abad
 [del Criador,
 ya rezaba los maitines / por el día que
 [empezó.
 Y estaba doña Jimena, / con cinco damas de
 [pro,
 240 rezando a San Pedro apóstol / y a Cristo
 [Nuestro Señor:
 “Tú, que eres guía de todos, / guíame al
 [Campeador”.

15

*Los monjes
 reciben
 jubilosos
 al Cid*

- Llaman a la puerta y es / que Mio Cid ha
 [llegado.
 ¡Dios, qué alegre que se puso / ese buen abad
 [don Sancho!
 Con antorchas y candelas, / los monjes salen
 [al patio,
 245 gozosos porque el nacido / en buena hora ya
 [ha llegado.
 “Gracias a Dios, Mio Cid, / le dijo el abad
 don Sancho,
 que os veo por esta casa, / donde seréis mi
 hospedado”.
 Dijo el Cid, que a las hazañas / ya naciera
 [destinado:
 248b “Gracias, abad, mucho os debo / para venir
 [a alteraros;
 cuidaré de mi comida / y de la de mis va-
 [sallos.
 250 Como me voy de esta tierra, / os daré cin-
 [cuenta marcos,
 que si la vida me dura / prometo serán do-
 [blados.
 No quiero en el monasterio / ser causa de
 [ningún gasto.
 También os entrego para / doña Jimena cien
 [marcos;
 a ella, sus hijas, sus damas / servídmelas este
 [año.

- 255 Dos hijas pequeñas deajo, / tomadlas a vues-
 desde hoy os las encomiendo / sólo a vos,
 [abad don Sancho.
 A ellas y a mi mujer / atendedlas con cui-
 dado.
 Si los cien marcos se acaban / o si os faltare
 algo,
 dadles cuanto necesiten, / que yo a vos así
 lo mando.
- 260 Por un marco que gastéis, / daré al monas-
 terio cuatro”.
 Todo se lo prometió / el abad de muy buen
 grado.
 Mas ved que doña Jimena / con sus hijas
 [va llegando,
 sendas doncellas traían / a las niñas en sus
 brazos.
 Ante el Cid, doña Jimena / las dos rodillas
 [ha hincado,
- 265 llanto derraman sus ojos, / le quiere besar
 [la mano:
 “Tu merced me valga, Cid, / en buena hora
 [alumbrado,
 por malos calumniadores / te ves de Castilla
 [echado”.

16

*Jimena
 lamenta su
 desamparo y
 el de sus
 hijas*

- “¡Merced te pido, Cid, / de la barba crecida!
 Miradnos ante vos, / a mí y a vuestras hijas;
 269b ellas apenas si hablan, / que las dos son muy
 [niñas.
 270 Repara en mis damas, / por quienes soy
 [servida.
 Bien me doy cuenta cómo / prepararéis vuestra
 [ida
 y hemos de separarnos, / aunque estamos en
 [vida.
 ¡Por Dios, dadnos consejo, / y por Santa
 [María!”

*El héroe, que
 la quiere
 como a su
 alma, la
 conforta*

- 275 Inclino sus dos manos / el de la barba rica,
 tomó ambas criaturas / y en brazos las subía
 hasta su corazón, / que mucho las quería.
 Llanto asoma a sus ojos, / fuertemente sus-
 [pira.

- “Cierto, doña Jimena, / esposa sin mancilla,
 que tanto como mi alma / me habéis sido
 [querida.
 280 Y ya lo véis, tendremos / que partirnos en
 [vida;
 yo me iré, mientras vos / quedaréis recogida.
 Quiera Dios poderoso / y la Virgen María
 282b que alcance con mis manos / a casar estas
 [hijas
 y me quede ventura / y suficiente vida
 para poder serviros, / honrada mujer mía”.

17

*Al oír su
 pregón, acu-
 den los caste-
 llanos para
 irse con el
 Cid*

- 285 Gran comida preparan / al buen Campeador.
 Tañían las campanas / de San Pedro a cla-
 [mor.
 Ya por Castilla iba / oyéndose el pregón
 de que se va al destierro / el Cid Campeador.
 Unos dejan su casa, / otros su posesión
 290 por seguirlo. En el puente / sobre el río Ar-
 [lanzón
 se juntan los guerreros. / Ciento quince o
 [más son.
 Todos van preguntando / por el Campeador,
 y Martín Antolínez, / que pasa, los guió.
 Marchan hacia San Pedro, / donde está su
 [señor.

18

*Más de cien
 guerreros
 se hacen
 vasallos del
 Cid*

- 295 Cuando lo supo el Cid / Ruy Díaz de Vivar,
 que su hueste crecía, / con lo que más valdrá,
 cabalga presuroso, / a recibirlos va.
 Cuando ante sí los mira, / ¡qué sonrisa les da!
 298b Todos a él se llegan, / por su mano besar.
 Habló entonces el Cid, / verdadero en su
 [hablar:
 300 “Yo ruego a nuestro Dios / y Padre espiritual
 que pues por mí dejáis / la patria y la he-
 [redad,
 antes de que me muera / eso os pueda pre-
 [miar.
 Lo que perdéis, prometo / que doblaré al
 [pagar”.

- Alegre está el buen Cid / porque aumenta
[su haz,
305 también se alegran todos / cuantos con él
[están.
El rey vigila Seis días han pasado / del plazo que el
[rey da
y sólo quedan tres, / sabedlo, ni uno más.
El rey a Mio Cid / lo manda vigilar,
que si vencido el plazo / aun en Castilla está,
310 por oro ni por plata / lo dejará escapar.
El Cid da Ya terminaba el día / y la noche iba a entrar
instrucciones cuando el Cid a los suyos / los junta y les va
[a hablar:
“Oídme, caballeros, / y no os cause pesar,
pocos dineros tengo / mas se repartirán.
315 Ahora, no olvidéis / lo que voy a mandar:
cuando esté amaneciendo, / que el gallo can-
[tará,
debéis vuestros caballos / sin tardanza en-
[sillar.
Ya en San Pedro a maitines / tañerá el buen
[abad
La misa de la y nos dirá la misa, / la de la Trinidad.
Trinidad 320 En cuanto sea dicha, / hemos de cabalgar,
porque el plazo se acerca / y aun hay mucho
[que andar”.
Como lo manda el Cid, / así todos lo harán.
Pasando va la noche, / el día llega ya,
a los segundos gallos / se ponen a ensillar.
325 Tañían a maitines, / mucha prisa se dan,
Mio Cid y su esposa / para la iglesia van.
Se echó doña Jimena / a los pies del altar
y pide fervorosa / a Dios en su rezar
que a Mio Cid Ruy Díaz / guarde de todo
[mal:
Oración de 330 “Padre y Señor glorioso, / que en los cielos
doña Jimena [estás,
hiciste cielo y tierra, / el tercer día, el mar,
estrellas, luna hiciste, / sol para calentar,
en María tomaste / envoltura carnal
y naciste en Belén, / según tu voluntad.
335 Los pastores alaban / tu gloria en su cantar
y tres reyes de Arabia / te vienen a adorar,
sus nombres son Melchor, / Gaspar y Bal-
/tasar,

- traen oro, incienso y mirra / con toda vo-
[luntad.
A Jonás lo salvaste / cuando se cayó al mar
340 y a Daniel de leones / con los que preso está,
en Roma, Tú salvaste / al buen San Sebas-
[tían,
a la casta Susana / también la salvarás.
Treinta y dos años quieres / aquí en la tierra
[andar,
mostrándonos milagros / que mucho dan que
hablar:
345 del agua hiciste vino / y de la piedra, pan.
Resucitaste a Lázaro, / según tu voluntad.
Te dejaste prender / y al Calvario llevar
por los judíos, ellos / te han de crucificar.
Contigo hay dos ladrones, / a los lados están,
350 uno entra al paraíso, / el otro no entrará.
Desde la cruz hiciste / un milagro sin par:
a Longinos, el ciego, / que no viera jamás,
al que hirió tu costado / y lo hizo sangrar,
tu sangre, lanza abajo, / las manos le va a
[untar
355 y cuando las levanta / y se toca la faz
ya puede abrir los ojos / y las cosas mirar;
entonces creyó en ti, / librándose del mal.
De la tumba supiste / luego resucitar,
bajaste a los infiernos, / según tu voluntad,
360 y sacaste a los santos, / tras sus puertas
[quebrar.
Tú eres Rey de los reyes / y Padre universal,
a Ti adoro, en Ti creo / con firme voluntad;
y le pido a San Pedro / que me ayude a rogar
que a Mio Cid lo libre / Dios de cualquier
[mal
365 y si hoy nos separamos, / que él nos vuelva
a juntar”.
- El dolor de separarse*
- La oracion terminada, / la misa acaba ya,
salieron de la iglesia, / es tiempo de marchar.
El Cid a su mujer / ya la iba a abrazar,
doña Jimena al Cid / la mano va a besar,
370 llorando, que no sabe / qué hacer sino llorar.
Él, en tanto, a las niñas / no se harta de
[mirar.
“A Dios os encomiendo, / que es Padre espi-
[ritual,

*Alvar Fáñez
debe tomar
la iniciativa*

si ahora nos separa, / después nos juntará”.
Lloraban y lloraban / cual nunca lloró nadie,
375 sepáranse unos de otros, / cual la uña de la
[carne.

El Cid, con sus vasallos, / se dispone a
[marchar,
mirando si están todos, / se iba quedando
[atrás.

Muy a tiempo, Alvar Fáñez / vino entonces a
[hablar:

“Por vuestra madre, Cid, / el valor ¿dónde
[está?

380 Pensemos en la marcha, / dejemos lo demás,
que todos estos duelos, / gozos se tornarán,
Dios, que nos dio las almas, / nos iluminará”.

Al buen abad don Sancho / le vuelven a
[encargar
que a Jimena y las niñas / las tiene que
[cuidar,

385 también a las doncellas / que a su servicio
[están.

Sepa el abad, si lo hace, / que buen premio
[tendrá.

Por último, a don Sancho, / Alvar Fáñez
[dirá:

“Si vieséis venir gentes / buscándonos, abad,
decidles que nos sigan / el rastro a buen
[andar,

390 que en yermo o en poblado / nos podrán al-
[canzar”.

*Fantástico
galope hacia
la frontera*

A rienda suelta, luego / empieza el cabal-
[gar,

se va acercando el plazo / para el reino dejar.
Llega el Cid esa noche / a Espinazo de Can,

394 acude mucha gente, / cada uno de un lugar.

395 Otro día temprano / prosigue el cabalgar;

396 de su tierra se iba / Mio Cid el leal.

Deja atrás San Esteban, / una buena ciudad,
399 pasa por Alcubilla, / de Castilla el final,

400 para por la calzada / de Quinea avanzar

y por Nava de Palos / el Duero atravesar.

Así en La Figueruela / pudo el Cid acampar;
gentes de todas partes / uniéndosele van.

19

*La última
noche en
Castilla.
aparición
del arcángel
Gabriel*

- 405 Allí se acuesta el Cid, / luego que anocheció,
le entra un sueño tan dulce / que muy bien
[se durmió.
El arcángel Gabriel / vino a él en visión:
"Cabalgad, don Rodrigo, / el buen Cam-
[peador,
que nunca ha cabalgado / tan a punto un
[varón.
Mientras viváis, las cosas / irán para mejor".
410 Al despertarse, el Cid / su cara santiguó.

20

*Avistando ya
tierra de
moros*

- Se santigua y a Dios / se quiere encomendar,
contento de aquel sueño / que acaba de soñar.
Otro día, temprano, / siguen su cabalgar,
queda un día de plazo, / sabed, y nada más.
415 Desde Sierra de Miedes, / donde van a acam-
[par,
398 ven las torres de Atienza, / que son de moros
[ya.

21

*Recuento de
la gente del
Cid*

- 416 Era de día aún, / que no se ha puesto el sol,
cuando contó su gente / el Cid Campeador.
Aparte los peones, / guerreros de valor,
lleva trescientas lanzas, / todas con su pendón.

22

*El Cid entra
en tierra mo-
ra y camina
de noche, en
secreto*

- 420 "Por Dios, a los caballos / dadle cebada ya
y tras comer quien quiera, / que siga el ca-
[balgar.
Pasaremos la sierra, / aunque duro será,
¡que esta noche el dominio / del rey se quede
[atrás!
Después, quien nos buscare / siempre hallar-
[nos podrá".
425 Marchan toda la noche, / hasta el alborar,
ya han pasado las cumbres / y cuesta abajo
[van.

- En lo espeso del monte, / que muy cerrado
[está,
acampa Mio Cid / y cebada hace dar.
Avisale a la gente / que habrán de tras-
[nochar;
430 sus leales vasallos / muy conformes están,
orden de su señor / siempre la cumplirán.
Cuando ya anohecía, / dispónense a mar-
[char,
que el Cid quiere que nadie / los vea caminar.
Anduvieron ya oscuro, / descanso no se dan.
435 A Castejón, un pueblo / ribera del Henares,
el Cid una celada / desea prepararle.

23

*Plan de
campana
completo*

- Toda la noche queda / Mio Cid en celada,
que así se lo aconseja / Alvar Fáñez Minaya:
“Mio Cid, el que en buena / hora ceñiste
[espada,
440 quedáos emboscado / con cien de la mesnada,
pues para la sorpresa / de Castejón se bastan.
441b En él os mantendréis, / guardándome la es-
[palda.
441c A mí, dadme doscientos / para ir de avan-
[zada,
441d con Dios y vuestra estrella / tendremos más
[ganancia”.
441e Dijo el Campeador: / “Bien hablaste, Mi-
[naya:
442 id con esos doscientos / y que entre ellos, sin
[falta,
Alvaro Salvadórez / y Alvaro Alvaroz vayan,
443b y Galindo García, / que es una brava lanza.
Quiero que llevéis buena / compañía, Mi-
[naya.
445 Atacad sin temor, / no tengáis miedo a nada.
Desde Hita, bajando, / id por Guadalajara,
hasta Alcalá se pueden / alargar las algaras.
El botín de esas tierras / será buena ganancia.
Por miedo de los moros / no cortéis la cam-
[paña.
Yo, mientras, con mis ciento, / me quedaré
[a la zaga,

- 450 y tendré Castejón / como segura plaza.
Si os vieséis en apuros / durante vuestra al-
[gara,
enviadme en seguida / aviso a retaguardia;
del socorro que os lleve / hablará toda Es-
[paña".
- Se nombran los guerreros / que marchan
[a la algará
- 455 y los que con el Cid / quedarán a la zaga.
Ya empiezan los albores / y llega la mañana,
salía el sol, ¡Dios mío, / qué hermoso des-
[puntaba!
- En Castejón, los moros / todos se levantaban,
las puertas del pueblo abren, / por el campo
[se marchan
- 460 a cuidar de sus bienes, / sus tierras de la-
[branza.
Salían y las puertas / abiertas se dejaban,
muy poca era la gente / que en Castejón
[quedaba,
la que anda por el campo / está desparra-
[mada.
- El Cid Campeador / sale de la celada
- 464b y los alrededores / de Castejón pillaba,
465 los moros y las moras / fácilmente apresaba,
cogía los ganados / que por allí pastaban.
Luego el Cid don Rodrigo / a la puerta en-
[filaba.
Los que estaban guardándola, / viendo su ga-
[lopada,
se asustan y se queda / la puerta abandonada.
- 470 Ya Mio Cid Ruy Díaz / por esa puerta en-
[traba,
se ve cómo en su mano / trae desnuda la es-
[pada.
- Quince moros mató / en aquella jornada,
Castejón ha ganado / y con él oro y plata.
Los caballeros llegan / y su botín descargan,
475 todo lo dan al Cid, / que ellos no guardan
[nada.
- En tanto, los doscientos / y tres que van
[de algará
corrían sin temor, / la tierra saqueaban.
- 477b Hasta Alcalá llegó / la enseña de Minaya,

*Castejón es
tomado por
sorpresa*

*Exitos de
Minaya por
tierras del
Henares*

*El Cid
quiere
premiar a
Minaya*

- desde allí se tornaron, / trayendo sus ganan-
[cias,
río Henares arriba, / hacia Guadalajara.
480 ¡Cuánto botín traían, / de tan buena cam-
[pañá!
Muchísimos ganados / de ovejas y de vacas,
481b un sin cuento de ropas / y riquezas sin tasa.
Bien derecha que viene / la enseña de Mi-
[naya,
mas nadie se le atreve / ni su botín asalta.
Con todas estas presas, / la tropa ya tornaba;
485 vedlos en Castejón, / donde el Cid esperaba.
Deja el Cid el castillo / en manos de su
[guardia
y sale a recibirlos, / con toda la mesnada.
Con los brazos abiertos / acogía a Minaya:
“Venid acá, Alvar Fáñez, / el de la fuerte
[lanza,
490 bien hice yo al poner / en vos tanta espe-
[ranza.
Que ese botín se junte / al mío y, de ga-
[nancia,
la quinta del total, / si quisieréis, tomadla”.
- “Mucho que lo agradezco, / Campeador re-
[nombrado;
con esta quinta parte / que me ofrecéis por
[pago
495 quedaría contento / hasta el rey castellano.
Pero yo la devuelvo, / teneos por librado.
Prometo a Dios del cielo, / a Aquel que está
[en lo alto,
que mientras no me harte, / sobre mi buen
[caballo,
de lidiar con los moros / cara a cara en el
[campo,
500 enfilando la lanza, / la espada manejando;
mientras no me chorree / la sangre codo
[abajo
ante Rodrigo Díaz, / el guerrero afamado,
no tomaré de vos / ni siquiera un ochavo.
De lo que así ganéis / por mí, tomaré algo,
505 pero quede todo esto / de ahora en vuestra
[mano”.

*Minaya no
acepta el
quinto del
botín y hace
un voto
solemne*

25

*Reparto
apresurado
del botín*

Después que tales ganancias / del botín están
[juntadas,
ha pensado Mio Cid, / que en buena hora
[ciñó espada,
si don Alfonso hasta allí / no llegaría en al-
[gara
para buscarle pelea / con sus reales mesnadas.
510 Manda entonces repartir / todo aquel botín
[sin falta
y que los repartidores / su recibo a todos ha-
[gan.
Los caballeros, sabed, / muy bien librados
[quedaban,
pues para cada uno de ellos / hubo cien
[marcos de plata,
para los que eran peones / la mitad justa
515 y la quinta del total / Mio Cid se la guar-
[daba.

*El Cid vende
su quinto a
los moros*

Aquí en donde está no puede / venderla ni
[regalarla,
tampoco quiere llevar / cautivos en su com-
[pañía.
Manda recado a los moros / de Hita y Gua-
[dalajara,
su quinta de Castejón, / por cuánto se la
[compraban,
520 la vendería barata, / para que tengan ga-
[nancia.
Lo que los moros ofrecen / son tres mil mar-
[cos de plata.
Estuvo conforme el Cid / y la vendió rega-
[lada.
Al tercer día, los marcos / le fueron dados
[sin falta.

*Es prudente
irse de
Castejón*

Pensó luego Mio Cid / que él y toda su
[compañía
525 en castillo tan pequeño / no tienen buena
[morada,
defenderlo sí podrían / mas les faltaría el
[agua.
“Tenemos paz con los moros, / que ya está
[escrita y firmada,

el rey Alfonso podría / buscarnos con su mes-
 [nada.
 Dejar quiero Castejón, / ¡que me oigan to-
 [dos, Minaya!"

26

*El héroe no
 quiere lu-
 char contra
 su rey*

530 "Esto que voy a decir / que nadie lo entienda
 [mal:
 en Castejón por más tiempo / no nos pode-
 [mos quedar,
 el rey Alfonso está cerca / y aquí a buscar-
 [nos vendrá.
 Pero al irnos, el castillo / no lo quiero yo
 [asolar:
 a cien moros y a cien moras / se lo pienso
 [regalar,
 535 y así, por lo que les quito, / que de mí no
 [digan mal.
 Todos estáis ya pagados, / nadie queda por
 [pagar.
 Mañana en cuanto amanezca / habremos de
 [cabalgar;
 con mi señor, don Alfonso, / no querría yo
 luchar".

Lo que ha dicho Mio Cid / bien parece a
 [los demás.

540 Del castillo que tomaron / todos muy ricos
 [se van
 y los moros y las moras / bendiciéndolos
 [están.

*El Cid mar-
 cha a nuevas
 tierras, sin
 revelar sus
 planes*

Marchan Henares arriba / lo más que pue-
 [den andar,
 atraviesan las Alcarrias / y prosiguen más
 [allá,
 por esas cuevas de Anguita / ahora pasando
 [van,
 545 cruzan el río y se meten / en el campo de
 [Taranz,
 para seguir hacia abajo, / a cuanto pueden
 [andar.
 Entre Cetina y Ariza, / Mio Cid llegó a
 [acampar,
 gran botín iba cogiendo / por esa tierra al
 [pasar.

- No pueden saber los moros / qué intenciones
[llevará.
550 Al otro día se marcha / Mio Cid el de Vivar,
ya ha pasado por Alhama / y por Hoz del
[Río va,
a Bubberca y luego a Ateca / se las ha dejado
[atrás
y por fin junto a Alcocer / Mio Cid se ha ido
[a posar,
en un otero redondo, / fácil de fortificar.
555 Cerca está el Jalón, el agua / no se la pueden
[quitar.
Mio Cid Campeador / a Alcocer quiere
[tomar.

27

*El Cid
acampa jun-
to a Alcocer*

- Ocupa el otero, / las tiendas plantaba,
unas en el monte, / otras junto al agua.
El Cid, que en buena hora / ciñera la espada,
560 en torno al otero, / bien cerca del agua,
hizo que sus hombres / un foso cavaran.
Así, de sorpresas / él se aseguraba
y hacía saber / que allí se quedaba.

28

*Temor de los
moros*

- Por toda esa tierra / ya están enterados
565 de que Mio Cid / allí está acampado,
entre moros porque / su rey lo ha exilado;
ya nadie se atreve / a labrar los campos.
El Cid y los suyos / se van alegrando,
que Alcocer ya está / tributo pagando.

29

*El héroe to-
ma Alcocer
mediante
un ardid*

- 570 Esos moros de Alcocer / al Cid ya le daban
[parias
y los de Ateca y Terrer / también su tributo
[pagan;
a los de Calatayud, / sabed que esto les pe-
[saba.
Allí estuvo Mio Cid / por más de quince
[semanas.
Cuando vio el Campeador / que Alcocer
[no se entregaba

- 575 un ardid se le ocurrió / y lo hizo sin tar-
 [danza:
 deja una tienda no más, / mientras las otras
 [alzaba,
 y marcha Jalón abajo, / con bandera desple-
 [gada,
 la tropa, lorigas puestas / y ceñidas las es-
 [padas;
 tiende, como astuto que es, / Mio Cid una
 [celada.
- 580 Viendo aquello, en Alcocer, / ¡Dios!, ¡cuánto
 [que se alababan!
 “Claro está que no le quedan / al Cid ni pan
 [ni cebada,
 tan a prisa alzó las tiendas / que una se deja
 [olvidada.
 El modo como va el Cid / es propio del que
 [se escapa,
 asaltémosle ahora mismo / y tendremos gran
 [ganancia.
- 585 Que no se nos adelanten / los de Terror a
 [tomarla,
- 585b porque de lo que cogieren, / ésos no nos da-
 [rán nada.
 Las parias que nos cobró / las devolverá do-
 [bladas”.
- Salieron los de Alcocer / con prisa muy
 [extremada,
 Mio Cid, al verlos fuera / hizo como si esca-
 [para;
 corría Jalón abajo, / en desorden la mesnada.
- 590 Decían los de Alcocer: / “¡Que se nos va la
 [ganancia!”
 Los grandes como los chicos / ya fuera del
 [pueblo estaban,
 al olor de coger algo, / en lo demás no pen-
 [saban,
 abiertas dejan las puertas, / ninguno queda y
 [las guarda.
 El buen Cid Campeador / miró volviendo la
 [cara,
- 595 vio a los moros, que el castillo / muy lejos
 [se lo dejaban;
 mandó volver la bandera, / que su tropa dé
 [una carga.

muertos yacen los moros, / con vida pocos
 [veo.
 A estos moros y moras / no hay modo de
 [venderlos,
 620 cortarles la cabeza / es rigor sin provecho.
 Que en servidumbre vivan, / sus señores se-
 [remos,
 gozaremos sus casas / y en ellos mandaremos.

32

*Mensaje
 moro al rey
 de Valencia*

El Cid con sus ganancias / en Alcocer está,
 envió por la tienda / del ardid, que está allá.
 625 Los de Ateca y Terrer / tenían gran pesar,
 los de Calatayud, / sabedlo, mucho más.
 Luego al rey de Valencia / con un mensaje
 [van:
 le cuentan que a ese Cid / Ruy Díaz de Vivar,
 el rey Alfonso, airado, / de Castilla fue a
 [echar.
 630 Vino sobre Alcocer, / que en sitio fuerte está,
 mas con una celada / lo acaba de tomar.
 “Ayúdanos o Ateca / y Terrer perderás,
 también Calatayud, / que no podrá escapar.
 En toda la ribera / del Jalón te irá mal
 635 y en la otra del Jiloca, / igual te pasará”.

*Este envía
 un ejército
 contra el Cid*

Lo que oye, al rey Tamín / le duele de
 [verdad:
 “Aquí los tres emires / que en torno mío
 [están,
 sin perder un momento, / vayan dos para
 [allá,
 lleváos tres mil moros, / bien armados irán.
 640 Con los de la frontera, / que os tienen que
 [ayudar,
 coged vivo al cristiano / y traédmelo acá;
 de entrarse por mis tierras, / cuenta me habrá
 [de dar”.
 Aquellos tres mil moros / ya cabalgando
 [van,
 a la noche, en Segorbe, / llegan a descansar.
 645 Otro día temprano / siguen su cabalgar
 y por la noche a Celfa / llegado habían ya.

- Avisan a los moros / que en la frontera
 [están,
 de todas partes vienen, / no se hacen es-
 [perar.
 Cuando salen de Celfa, / que llaman del
 [Canal,
 650 caminan todo el día, / descanso no se dan,
 a Calatayud llegan, / de noche, a reposar.
 Despachan pregoneros / que a todas partes
 [van,
 así que mucha gente / se les viene a juntar.
 Al frente, los emires / Fáriz y Galve están;
 655 al Cid, en Alcocer, / ellos quieren cercar.

33

*Fáriz y Galve
 cercan al Cid
 en Alcocer*

- Ya plantaron las tiendas / y en ellas asen-
 [taban,
 sus fuerzas van creciendo, / que más gente es
 [llegada.
 Centinelas y escuchas / los moros adelantan,
 que de día y de noche / muy bien armados
 [andan.
 660 Muchos son los escuchas, / grande es la tropa
 [armada.
 A los de Mio Cid / ya les quitan el agua.
 Ellos quieren salir / y trabar la batalla,
 el que nació en buena hora, / muy firme, lo
 [vedaba.
 Está cercado el Cid / por más de tres sema-
 [nas.

34

*Consejo del
 Cid con sus
 capitanes*

- 665 Al cabo de tres semanas, / que la cuarta
 [quiere entrar,
 Mio Cid junta a los suyos / para decidir qué
 [harán:
 “El agua nos han quitado, / puede faltarnos
 [el pan,
 irnos de noche, hay escuchas / que no lo con-
 [sentirán.
 Muy poderosa es la tropa / con que habría
 [que lidiar:

*Preparativos
secretos*

- 670 decidme, mis caballeros, / cuál sería el mejor
[plan”.
Habló el primero Minaya, / guerrero muy de
[fiar:
“De Castilla la gentil / nos desterraron acá,
si no es luchando, los moros / por las buenas
[nos dan pan.
Nosotros somos seiscientos, / tal vez hay algu-
[nos más,
675 pues ¡en nombre de Dios vivo! / no queda
[otra que luchar,
¡vamos por ellos! en cuanto / que comience
[a alborear”.
Le dijo el Campeador: / “Así es como debe
[hablar,
Minaya, un hombre con honra, / en vos era
[de esperar”.
A los servidores moros / manda el Cid afuera
[echar
680 porque no sepa ninguno / el secreto de su
[plan.
El día y también la noche / en armarse se les
[va.
A la mañana siguiente, / cuando el sol quiere
[apuntar,
está armado Mio Cid, / con todos los de su
[haz.
Y el Campeador habló / como vais a oír
[contar:
685 “Salgamos todos afuera, / que aquí nadie ha
[de quedar
más que dos peones solos, / para la puerta
[guardar.
Si morimos en el campo, / al castillo nos
[traerán,
si ganamos la batalla, / nuestro botín crecerá.
Cuanto a vos, Pedro Bermúdez, / la enseña
[mía tomad,
690 Como sois bueno de veras, / sé que la sa-
[bréis honrar,
pero no ataquéis con ella / si no me lo oís
[mandar”.
La enseña toma don Pedro, / tras la mano al
[Cid besar.

*Pedro Ber-
múdez irá a
la vanguar-
dia, como
abanderado*

*Salen a dar
la batalla
campal*

- Entonces abren las puertas / y todos saliendo
[van,
lo ven los escuchas moros, / a su campo avi-
[sarán.
- 695 ¡Qué prisas entre los moros! / Todos se em-
[piezan a armar.
Del ruido de los tambores / la tierra se va a
[quebrar.
Vierais tanto moro armarse / y correr luego
[a formar.
Al frente, con los emires, / dos grandes ban-
[deras van,
los banderines que siguen, / ¿quién los podría
[contar?
- 700 Las compañías de moros / empiezan su avan-
[ce ya,
con Mio Cid y los suyos / van mano a mano
[a luchar.
Dice el Cid a sus mesnadas: / “¡Quietos en
[este lugar!
que nadie ataque hasta tanto / que yo no
[mande atacar”.
- Corazonada
de Pedro
Bermúdez*
- 705 Pero el buen Pedro Bermúdez / no puede
[aquello aguantar
y con la enseña en la mano / ya pica espuelas
[sin más:
“¡Que el Creador os ayude, / Cid Campeador
[leal!
Voy a meter vuestra enseña / allí contra el
[mayor haz,
los que deben socorrerla / ya me la socorre-
[rán”.
- Le dijo el Campeador: / “¡No lo hagáis, por
[caridad!”
- 710 Respondió Pedro Bermúdez: / “No lo puedo
[remediar”.
- Mete el caballo al galope / en medio del
[mayor haz.
Los moros, que lo aperciben, / quieren la
[enseña tomar,
le dan recio mas no pueden / su loriga atra-
[vesar.
Dijo entonces Mio Cid: / “¡Valedle, por ca-
[ridad!”.

35

- Los del Cid dan una carga para socorrer a don Pedro*
- 715 Embrazan los escudos, / cubriendo el corazón,
ponen lanzas en ristre, / enrollando el
[pendón,
inclinaron las caras / encima del arzón,
van a herir a los moros / con fuerte corazón.
A grandes voces dice / el que a apunto
[nació:
- 720 “¡Heridlos, caballeros, / por nuestro Creador!
¡Yo soy Rodrigo Díaz, / el Cid Campeador!”.
Hieren el grupo en donde / don Pedro se
[metió.
Eran trescientas lanzas, / todas con su pen-
[dón,
en la embestida, un moro / cada uno mató,
725 de tornada, otro tanto / de moros muertos
[son.

36

- Mientras luchan, los dos bandos piden la ayuda celestial*
- Veríais tantas lanzas / ya subir, ya bajar,
tanta adarga veríais / romper y traspasar,
tanta espesa loriga / deshacerse y quebrar,
tantos blancos pendones / rojos de sangre
[estar,
- 730 tantos buenos caballos / sin sus dueños andar.
Lllaman a su Mahoma / los moros con afán,
731b los de Cristo, a Santiago, / patrono celestial.
Caídos por el campo, / a poco de luchar,
732b moros muertos había / mil y trescientos ya.

37

- Los capitanes del Cid provienen de todas las Españas*
- 735 ¡Qué bien está lidiando, / sobre dorado arzón,
Ruy Díaz de Vivar, / el buen Campeador;
y Minaya Alvar Fáñez, / que en Zurita man-
[dó,
y Martín Antolínez, / el burgalés de pro;
Muño Gustioz, el cual / en Vivar se crió,
Martín Muñoz, que antaño / mandó en
[Montemayor,
- 740 y Alvaro Salvadórez / y Alvaro Alvaroz
y Galindo García, / el bueno de Aragón,
y un sobrino del Cid, / ese Félez Muñoz!

Con ellos, la mesnada / entera se lanzó
a socorrer la enseña / y al Cid Campeador.

38

*Minaya en
peligro.
El Cid lo
socorre*

- Al buen Minaya Alvar Fáñez / le mataron el
[caballo,
745 pero a socorrerlo acuden / las mesnadas de
[cristianos.
La lanza tiene quebrada, / a la espada puso
[mano,
aunque a pie lucha Minaya, / muy buenos
[tajos va dando.
Lo vio entonces Mio Cid / Ruy Díaz, el Cas-
[tellano,
se fue sobre un jefe moro / que tenía buen
[caballo
750 y dióle tal espadada / con ese su diestro brazo
que parte por la cintura / el cuerpo y lo tira
[al campo.
Al buen Minaya Alvar Fáñez / le fue a
[ofrecer el caballo:
“Cabalgad en él, Minaya, / que vos sois mi
[mejor brazo.
En un día como el de hoy / vuestro apoyo es
[necesario;
755 los moros luchan de firme, / no quieren ceder
[el campo,
755b es menester que de nuevo / aun más recio
[acometamos”.
Montó a caballo Minaya / y con la espada en
[la mano,
por entre las fuerzas moras / muy fuertemente
[lidiando,
aquellos a los que alcanza / va de esta vida
[librando.
- El Cid vence
providen-
cialmente al
tercer golpe*
- Mio Cid Rodrigo Díaz, /el que nació con
[buen hado,
760 al emir Fáriz le asesta / seguidos tres fuertes
[tajos.
Los dos primeros le fallan / pero el tercero
[ha acertado,
ya se ve correr la sangre / del moro loriga
[abajo.

Tuerce riendas el emir / para escaparse del
campo:
por aquel golpe tercero / la batalla se ha
[ganado.

39

*Galve tam-
bién huye.
Persecución
de los moros*

- 765 Martín Antolínez / tiró un tajo a Galve,
saltó los rubíes / que en el yelmo trae,
el yelmo cortó / y llegó a la carne.
Sabed que a otro tajo / no quiso esperarse,
como el emir Fáriz / huye el emir Galve.
- 770 Del lado cristiano / ¡qué día tan grande!
¡Ver huir los moros / ya por todas partes!
Los de Mio Cid / van a los alcances,
Fáriz en Terror / logró refugiarse
pero no acogieron / allí a emir Galve
- 775 y a Calatayud / hubo de alargarse.
El Campeador / le iba a los alcances,
hasta esa ciudad / duró el acosarle.

40

*Minaya ve
cumplido
su voto*

- Tan bueno le ha salido / a Minaya el caballo
que sobre él, de esos moros, / dio muerte a
[treinta y cuatro.
- 780 Tajear con la espada / le ha ensangrentado
[el brazo,
por el codo le va / la sangre chorreando.
Dijo Minaya: "Ahora / de lidiar ya estoy
[harto,
¡qué bien cuando en Castilla / sepan lo que
[ha pasado,
la batalla campal / que el buen Cid ha ga-
[nado!".
- 785 Muchos moros han muerto, / muy pocos
[se salvaron,
que en la persecución / los fueron alcanzando.
Ya tornan los guerreros / del que fue bien-
[hadado.
Andaba el Campeador / sobre su buen caba-
[llo,
con la cabeza al aire, / se le ve bien barbado,
790 la capucha a la espalda / y la espada en la
[mano.

*Botín de la
batalla*

- Dijo al ver a los suyos, / que se van acercan-
[do:
"Gracias al Dios del cielo, / Aquel que está
[en lo alto,
que una batalla así / permitió que ganára-
[mos".
El campamento moro / los del Cid saquea-
[ron,
795 muchos escudos, armas / y dinero han hallado.
También cabalgaduras / moriscas encontra-
[ron,
796b cuentan al recogerlos / quinientos diez caba-
[llos.
Gran alegría reina / entre aquellos cristianos,
no pasaban de quince / las bajas de su bando.
Tanto oro y plata tienen / que no hay donde
[guardarlos,
800 ricos se han vuelto ahora / los guerreros
[cristianos,
800b con el botín tan grande / que allí habían
[logrado.
Los moros de Alcocer / al castillo han torna-
[do,
dispone el Campeador / que les regalen algo.
Gran gozo tiene el Cid, / con todos sus va-
[sallos,
805 manda partir los bienes / y dineros ganados,
sólo a él, de su quinto, / le tocan cien caballos.
¡Dios, qué bien paga el Cid / a todos sus
[vasallos,
lo mismo a los peones / que a quienes van
[montados!
Bien arregla las cosas / quien nació con buen
[hado:
cuantos están con él / satisfechos quedaron.
810 "Álvar Fáñez, oídme, / pues sois mi dies-
[tro brazo:
de estas grandes riquezas / que el Señor nos
[ha dado
tomad cuanto queráis / con vuestras propias
[manos.
Por mi parte, yo quiero / a Castilla enviaros
a que deis la noticia / del combate ganado.
815 Para el rey don Alfonso, / el que me ha des-
[terrado,

*El Cid envía
un presente
al rey*

quiero que le llevéis / en don treinta caballos,
 todos con sus monturas / y frenos colocados,
 cada uno con su espada / en el arzón col-
 [gando”.

Respondióle Minaya: / “Lo haré de muy buen
 [grado”.

41

*El Cid
 cumple su
 voto a la
 catedral de
 Burgos*

820 “Aquí os entrego, Minaya, / de buen oro y
 [plata fina,
 una bota de montar / llena, que más no
 [cabría.
 En la catedral de Burgos / pagadme luego
 [mil misas
 y lo que sobrare dadlo / a mi mujer y a mis
 [hijas.
 Que recen mucho por mí, / de noche como
 [de día,
 825 si yo les vivo serán / unas señoras muy ricas”.

42

*Preparativos
 de Minaya*

Muy conforme está Minaya / con lo que el
 [Cid le ha encargado,
 826b se han escogido los hombres / que deben
 [acompañarlo,
 a las bestias dan cebada / y ya la noche ha
 [empezado
 cuando Mio Cid Ruy Díaz / a los suyos está
 [hablando.

43

*Despedida
 del Cid*

“¿Es que ya os marcháis, Minaya, / a Castilla
 [la gentil?
 830 A todos nuestros amigos / con razón podréis
 [decir
 cómo Dios nos ayudó / y vencimos en la lid.
 A vuestro retorno, puede / que nos encontréis
 [aquí,
 si no, averiguad el sitio / donde estemos para
 [ir.

A lanzadas y mandobles / nos ganamos el
 [vivir.
 835 La tierra es pobre, a sus bienes / muy pronto
 [se les ve el fin
 835b y según yo me figuro, / tendremos que irnos
 [de aquí”.

44

*Los moros
 compran
 Alcocer*

Ya todo está dispuesto: / fuese al alba Mi-
 [naya,
 Mio Cid se quedó / allí con la mesnada.
 Aquella tierra es pobre / y extremada de
 [mala.
 En torno a Mio Cid / a diario rondaban
 840 moros de la frontera / y gente valenciana,
 cuando Fáriz sanó, / de éste se aconsejaban.
 Y así entre los de Ateca, / los que por Terrer
 [tratan
 y los que de la rica / Calatayud llegaban
 con el Cid se arreglaron / y firman una carta:
 845 se vende Alcocer por / tres mil marcos de
 [plata.

45

*Riqueza de
 los cristianos*

El Cid Campeador / a Alcocer ha vendido,
 A sus vasallos otro / buen reparto les hizo.
 Todos los caballeros / y peones son ricos,
 no hay ni un pobre en la tropa / que manda
 [don Rodrigo.
 850 Quien a buen señor sirve, / afortunado ha
 [sido.

46

*El Cid deja
 Alcocer con
 buenos
 agüeros*

Cuando Mio Cid Ruy Díaz / el castillo va a
 [dejar,
 los cautivos de Alcocer se empiezan a la-
 [mentar:
 “¿Te vas, Cid? Nuestras plegarias / siempre
 [te acompañarán
 y no olvidaremos nunca, / señor, toda tu
 [bondad”.

- 855 Ya salía de Alcocer / Mio Cid el de Vivar
y los moros y las moras / se echan todos a
[llorar.
La bandera desplegada, / el Campeador se
[va,
por el Jalón, río abajo, / encamina su mar-
[char,
muchos pájaros, volando, / buenos agüeros
[le dan.
- 860 Se alegran los de Terrer, / los de Calatayud,
[más,
a los de Alcocer les duele, / que no lo pasaban
[mal.
Mientras tanto, Mio Cid / seguía su ca-
[minar,
por fin acampó en un cerro / que está sobre
[Monreal.
Alto es el cerro y muy grande, / verlo es de
[maravillar,
- 865 por ninguno de sus lados, / sabed, se puede
[asaltar.
En pagar parias, Daroca / fue la primera
[ciudad,
luego las pagó Molina, / que al otro costado
[está,
y la tercera Teruel, / por delante, muy allá;
ya tiene el Cid en su mano / a Celfa, la del
[Canal.

*Acampa en
el Poyo de
Monreal*

47

*Llega
Minaya ante
rey. Éste lo
perdona
pero no
al Cid*

- 870 ¡A Mio Cid que Dios / lo mantenga en su
[gracia!
Ya ha llegado a Castilla / Alvar Fáñez Mi-
[naya
y los treinta caballos / al rey le presentaba.
El rey se sonreía, / mientras que los miraba:
“¿Quién te dio estos caballos? / ¡Dilo, por
Dios, Minaya!”.
- 875 “Mio Cid, el que en buena / hora ciñó la
[espada.
- 875b Desterrado por vos, / ganó a Alcocer por ma-
[ña.
- 875c Cuando al rey de Valencia / la noticia lle-
[gaba,

- Correrías del
Cid desde
el Poyo*
- Os quiero contar de aquel / que en buena
[hora ciñó espada.
900 Acordáos bien del cerro / tan alto donde
[acampaba.
Mientras el mundo sea mundo, / con gente
[mora y cristiana,
el Poyo de Mio Cid / le dirán a esa montaña.
Desde allí el Campeador / muchas tierras
[saqueaba,
todo el valle del Martín / le tuvo que pagar
[parias.
- 905 A la propia Zaragoza / estas noticias llegaban,
no les placía a los moros / y mucho que les
[pesaba.
Allí estuvo Mio Cid / por más de quince
[semanas;
cuando el gran guerrero vio / que aún no
[retorna Minaya,
con todas sus compañías / al llegar la noche
[marcha
- 910 y el campamento del Poyo / desamparado
[quedaba.
Por más allá de Teruel / don Rodrigo atra-
[vesaba,
ha ta que llega al pinar / de Tévar y en él
[acampa.
A todas aquellas tierras, / a todas las
[saqueaba,
la ciudad de Zaragoza / tiene que pagarle
[parias.
- Vuelve
Minaya y
trae
refuerzos*
- 915 Después que el Cid hizo esto, / al cabo de
[tres semanas,
fue cuando desde Castilla / vino Alvar Fáñez
[Minaya,
con doscientos de a caballo, / que todos ciñen
[espada
y tanta gente de a pie / que no hay quien
[pueda contarla.
Mio Cid, así que vio / aparecer a Minaya,
- 920 al correr de su caballo / va a abrazarlo sin
[tardanza,
en la boca lo besó / y en los ojos de la cara.

Minaya le cuenta todo, / que al Cid no le
 [encubre nada.
 Al Campeador, el rostro / la sonrisa ilumi-
 [naba:
 “¡Gracias al Dios de los cielos / y a su virtud
 [soberanal
 925 Mientras que vos me viváis, / me irá bien a
 [mí, ¡Minaya!”

50

*Alegría de
 los desterra-
 dos al tener
 noticias de
 los suyos*

¡Dios, cómo se alegraban / todos los deste-
 [rrados:
 que Minaya Álvar Fáñez / por fin ha regre-
 [sado,
 trayéndoles noticias / de primos y de herma-
 [nos
 y de la compañera / que en su casa dejaron!

51

*Alegría
 del Cid*

930 ¡Dios, cómo se alegraba / el de barba
 [magnífica:
 que Álvar Fáñez pagó / el voto de mil misas
 y cuenta lo que dicen / su mujer y sus hijas!
 ¡Qué contento está el Cid! / ¡Qué grande es
 [su alegría!
 “Álvar Fáñez, que sean / muy largos vuestros
 [días!
 934b Lo hacéis mejor que yo. / ¡Qué gran men-
 [sajería!”

52

*El Cid hace
 una correría
 sañuda por
 Alcañiz*

935 No malgastaba el tiempo / quien nació
 [bienhadado:
 935b doscientos caballeros / escoge por su mano
 935c y va de correría, / la noche aprovechando.
 Las tierras de Alcañiz / negras las va dejando,
 en sus alrededores / todo lo ha saqueado.
 Al tercer día, al punto / de partida ha
 [tornado.

53

*Temor de
los moros*

940 Corrió la noticia / por aquellas tierras,
mucho lo sentían / en Monzón y en Huesca,
mientras Zaragoza / sus parias celebra,
pues así del Cid / ya no teme afrenta.

54

*El Cid
abandona
el Poyo*

Con cuanto habían ganado / al Poyo vol-
[viendo van,
todos se sienten alegres / de tantas presas
[llevar,
945 place aquello a Mio Cid / y a Minaya place
[igual.
Sonriendo, el Campeador / les confió su
[pensar:
“Oídme, mis caballeros, / voy a decir la
[verdad,
quien vive siempre en un sitio / deja su
[hacienda menguar.
Mañana al amanecer / nos tenemos que
[marchar,
950 dejemos el campamento, / sigamos nuestro
[vagar”.
Entonces se mudó el Cid / hacia el puerto
[de Alucat,
desde allí corrió las tierras / de Huesca y de
[Montalbán.
En aquella correría / diez días vino a
[emplear.
Malas noticias empiezan / a llegar a todas
[partes:
955 que el echado de Castilla / muchísimo daño
[hace.

55

*Enojo del
conde de
Barcelona*

Los mensajes de los moros / van por la co-
[marca toda
y llega al fin la noticia / al conde de
[Barcelona:
que el Cid corría los pueblos / en donde él
[las parias cobra.

Mucho pesar tuvo el conde / y por afrenta
[lo toma.

56

*El Cid no
logra calmar
al conde*

- 960 El conde era impulsivo / y habló con
[vanidad:
“Grandes agravios tengo / de ese Cid de
[Vivar.
Aquí en mi propia corte / me ofendió tiempo
[atrás,
a mi sobrino hirió / y excusas no me da;
ahora roba esas tierras, / las que a mi amparo
[están.
- 965 Yo no lo desafío / ni he roto la amistad,
mas si busca pelea / conmigo, la tendrá”.
Grandes fuerzas del conde / aprisa acuden ya
y moros y cristianos / se vienen a juntar,
ya salen tras el Cid / Rodrigo de Vivar.
- 970 Tres días con dos noches / duró su caminar
y en el pinar de Tévar / lo vienen a alcanzar.
Son muchos y no dudan / que lo han de
[cautivar.
Mio Cid don Rodrigo, / con su enorme
[caudal,
bajaba de una sierra, / al valle va a llegar,
975 cuando el conde le envía / su mensaje condal.
Mio Cid que lo oyó, / tal respuesta le da:
“Decidle al conde que esto / no me lo tome
[a mal,
suyo nada me llevo, / que me deje ir en paz”.
El conde contestaba: / “¡Así no quedará!
- 980 Lo de ahora y lo de antes, / todo lo pagará,
que sepa el vagabundo / a quien osó ultrajar”.
Corriendo, el mensajero / vuelve al Cid a
[avisar.
Entonces se convence / Ruy Díaz de Vivar
de que sin dar batalla / no se puede librar.

57

*Arenga del
Cid*

- 985 “Ya, caballeros, poned / a seguro las
[ganancias,
armaos a toda prisa, / vistiendo todas las
[armas,

- que el conde don Ramón quiere / darnos
[una gran batalla.
De moros y de cristianos / mucha gente le
[acompaña,
a menos que lo vencamos / no nos dejará por
[nada.
- 990 Pues se empeña en perseguirnos, / demos
[aquí la batalla,
cincha bien vuestros caballos / y vestid luego
[las armas.
Ellos vienen cuesta abajo / y sólo se han
[puesto calzas,
traen sillas de las de fiesta / y las cinchas
[aflojadas,
nosotros, sillas gallegas / y altas botas sobre
[calzas.
- Vaticina el éxito* 995 Nos bastan cien caballeros / para vencer sus
[mesnadas.
Antes que lleguen al llano, / ataquemos con
[las lanzas,
por cada herido habrá tres / que de la silla
[se caigan.
Verá Ramón Berenguer / quién es éste al que
[acosaba
y hoy, en el pinar de Tévar, / quiere quitar
[la ganancia".
- 58
- Victoria del Cid. Gana la espada Colada* 1000 Todos están dispuestos / cuando el Cid hubo
[hablado,
empuñadas las armas, / firmes en los caballos.
Cuesta abajo divisan / las fuerzas de los
[francos.
Al final de la cuesta, / ya muy cerca del llano,
mandó atacar el Cid, / que nació con buen
[hado.
- 1005 Ejecutan los suyos / fielmente lo mandado
y pendones y lanzas / diestramente emplean-
[do,
ya van hiriendo a unos / y a otros derribando.
Ganada es la batalla / por el Cid bien
[hadado
y al conde don Ramón / prisionero ha
[tomado.
- 1010 Allí ganó a Colada, / vale más de mil marcos.

59

*El conde de
Barcelona
declara la
huelga del
hambre*

- La batalla ganó, / con lo que honró su barba.
Hizo cautivo al corde, / a su tienda lo manda
y allí lo deja a cargo / d' hombres de
[confianza.
1015 Afuera de la tienda / salía sin tardanza;
de todas partes vio / que l's suyos llegaban
y alegróse al mirar / que traen muchas
[ganancias.
Luego una gran comida / a Mio Cid
[preparan,
mas don Ramón, el conde, / no quiso ni
[probarla.
1020 Los platos le traían, / ante él los colocaban,
y él, firme en no comer, / todos los desdeñaba.
"No comeré un bocado / por cuanto vale
[España,
antes perderé el cuerpo / y l'ondenaré el alma,
pues que por tales rotos / fui vencido en
[batalla".

60

*El Cid
promete al
conde la
libertad si
consiente en
comer*

- Mio Cid Ruy Díaz / oiréis lo que dijo:
1025 "Conde, comed pan, / bebed de este vino,
que si así lo hiciereis, / saldréis de cautivo,
si no, os veréis preso / mientras estéis vivo".

61

*Negativa
del conde*

- "Comed vos, don Rodrigo, / y feliz
[descansad,
que yo quiero morirme, / o pieso comer
[más".
1030 Por tres días no hay nada / que haga al conde
[cambiar.
Los del Cid las ganancias se han repartido
[ya
y el conde no ha comido ni un bocado de
[pan.

*El Cid reite-
ra su prome-
sa al tercer
día y el con-
de se mara-
villa*

- Dijo entonces Mio Cid: / “Conde, debéis
[comer algo,
1033b si no comieseis, jamás / veréis tierra de
[cristianos,
mas si coméis a mi gusto, / que yo quede sin
[agravio,
1035 a vos, conde, y de los vuestros, / a dos de
[estos hijosdalgo
1035b dejaré marchar en paz / y libraré con mi
[mano”.
El conde, cuando esto oyó, / mucho que se
[fue alegrando:
“Si llegáis a hacer, buen Cid, / lo que acabo
[de escucharos,
por cuanto dure mi vida / quedaré maravi-
[llado”.
“Pues comer, conde, y prometo / que en
[cuanto hayáis acabado
1040 a vos y otros dos de escolta / la libertad voy
[a daros.
Más de lo que habéis perdido / y yo gané
[batallando
no os devolveré, sabedlo, / ni el dinero más
[menguado,
1044-5 pues me hace falta para éstos / que al seguir-
[me se arruinaron.
Cogiendo de vos y de otros / y hemos de irnos
[remediando
y nos durará esta vida / mientras quiera el
[Padre Santo,
la de quien sufre la ira / del rey y anda
[desterrado”.
Se alegra el conde y pide agua / para la-
[varse las manos,
1050 la cual le traen y la cual / le sirvieron en el
[acto.
Con aquellos caballeros / que el Cid de es-
[colta le ha dado
se pone a comer el conde. / ¡Dios, que lo
[hace entusiamado!
Sentado junto a él está / el que nació con
[buen hado:

- “Conde, si no coméis bien, / que yo sea
 [contentado,
 1055 aquí os quedaréis conmigo, / no podremos
 [separarnos”.
 Dijo el conde: “Ved que estoy / comiendo de
 [muy buen grado”.
 El y sus dos caballeros / en verdad que comen
 [rápido.
 Satisfecho queda el Cid, / luego que estubo
 [mirando,
 pues el conde don Ramón / muy bien que
 [usaba las manos.
 1060 “Con vuestro permiso, Cid, / ya queríamos
 [marcharnos,
 mandad que nos den las bestias / para que
 [el viaje emprendamos.
 Desde el día en que fui conde / no comí tan
 [de buen grado,
 el sabor de esta comida / no será por mí
 [olvidado”.
 Al punto tres palafrenes / les dan, muy bien
 [ensillados,
 1065 y también, de vestiduras, / muy buenas
 [pieles y mantos.
 Entre los dos de su escolta / ya va el conde
 [cabalgando,
 hasta el fin del campamento / lo acompaña
 [el Castellano:
 “Ya os vais, conde don Ramón, / libre vais
 [pues que sois franco,
 quedo muy reconocido / por lo que me habéis
 [dejado;
 1070 y si os viniese a las mientes / el deseo de
 [vengarlo
 y me venís a buscar, / mandadme antes un
 [recado:
 1072-3 me dejaréis algo vuestro / o mío llevaréis
 [algo”.
 “Quedad en paz, Mio Cid, / que de tal riesgo
 [estáis salvo,
 1075 haced cuenta que os pagué / mis parias por
 [este año.
 Que yo venga en vuestra busca / no hay si-
 [quiera que pensarlo”.

<i>El conde se va receloso</i>	Picó espuelas el conde / y empezó a cabalgar, volvía la cabeza / y miraba hacia atrás, por miedo de si el Cid / no se arrepentirá.
<i>El Cid se alegra viendo felices a los suyos</i>	1080 Mas por nada del mundo / el Cid haría tal, que felonías de esas / no cometió jamás. El conde ya se ha ido, / volviósse el de Vivar, uniósse a su mesnada / y se alegró al mirar el botín tan enorme / que han venido a [juntar. 1086 Tan ricos son que ni ellos / saben cuánto [tendrán.

NOTAS AL CANTAR PRIMERO

01, 02 y 03. Estas tiradas, cuyos versos se dan entre paréntesis, del (1) al (48), corresponden a la hoja inicial, perdida, del manuscrito de Per Abat. Se numeran así para distinguir las del texto conservado, que viene luego con numeración corriente. Menéndez Pidal suplió la hoja perdida con la Crónica de Veinte Reyes. actitud que fue correcta, de buen medievalista, dado el propósito que a él le guiaba: indicar cuál había sido, más o menos, el contenido de la tal hoja. Pero los refundidores modernos del Poema, al hacer lo mismo por rutina, dan un texto híbrido, seudoliterario. Por mi parte, he preferido versificar la Crónica, reconstruir la iniciación del Poema, a sabiendas de que implica un riesgo. De mi primer intento, dejé testimonio en el trabajo: "La primera hoja del *Mío Cid*" (incluido en el libro de M. P. Hornik y otros: *Collected studies in honour of Américo Castro's eightieth year*, Lincombe Lodge Research Library, Oxford, 1965). La versión de ahora, revisada, empieza con seis versos en que se caracteriza al héroe, maravillosamente invencible gracias a la ayuda de Dios como "providencia", o sea, dentro del orden natural. Este nivel adulto de mitificación, que supera el infantil de la maravilla épica milagrosa, es el propio del *Mío Cid* y el que eleva el texto al nivel de la épica en pureza. A partir del verso (7), me guí por la Crónica de Veinte Reyes, seleccionando su material conforme al sentido del Poema, y de ahí también la división en tres tiradas: la 01, mostrando la corrección del héroe y la deslealtad de García Ordóñez; la 02, donde se cuenta la victoria del Cid, cómo

apresa al traidor y le mesa la barba, ofensa gravísima, luego posible desmesura, que no tiene consecuencias trágicas en el Poema, porque el Cid se corrige a sí mismo y libera a su prisionero al tercer día, es decir, en el momento mágicamente oportuno; y la 03, que refiere cómo el traidor, vuelto a la corte de Castilla, calumnia al héroe y provoca su destierro providencial, el que le permitirá cumplir la misión a que estaba predestinado: conquistar Valencia y salvar a España de los invasores almorávides.

(8). Almutamiz es “el Motamid”, con el artículo árabe unido al nombre, a la manera española medieval. Rey de Sevilla, poeta famoso, debió soportar primero las brutalidades de Alfonso de Castilla, y más tarde las de los marroquíes, que aún fueron mayores, pues éstos acabaron por deponerlo y mandarlo cautivo al Africa, donde murió engrillado. Como contraste con la historia, el Poema nos presenta un Cid que da al monarca andaluz el trato caballeroso que se merecía.

(12). Uso “condes cristianos” en vez de “ricos omes”, que dice la Crónica, para evitar un arcaísmo innecesario, ya que “condes” significaba igual que “ricos hombres”: nobles de primera categoría.

(29). Ateniéndose a la vertiente objetiva, castrense, de los hechos, ganar las posiciones del vencido y permanecer en ellas por tres días acreditada que la victoria ha sido verdadera. Tal fue el punto de vista del positivismo, más historicista que estético. Por nuestra parte, debemos insistir en que el sentido mágico y trinitario del Poema apunta, en lo profundo, hacia otra significación: los tres días son el momento astrológicamente justo para conjurar la “hybris” de haber mesado la barba y cambiar las cosas a un destierro abusivo que será premiado providencialmente.

04. En esta tirada, versifico la parte que Menéndez Pidal añadió y que no estaba posiblemente en el Poema primitivo ni en la copia de Per Abat. *MP* la reconstruyó partiendo de la Crónica de Castilla y la particular del Cid, las cuales tuvieron en cuenta una refundición del Poema posterior y más extensa. (Ver *MP*, *Cantar de Mio Cid* edic. de 1946, t. III, p. 1024, nota 4). Debido a proceder de tal refundición, marco R-1 a -15 esos versos añadidos. En cambio, los dos versos finales de 04, marcados (49) y (50), terminan la hoja perdida, a tenor de la Cr. de Veinte Reyes.

1. Al margen de este verso hago una acotación inexcusable: que aquí empieza el texto de Per Abat. Ahora bien, a propósito de ella, queda tipográficamente en claro que el lenguaje de las acotaciones

marginales pertenece al refundidor y no al Poema. Otros refundidores, por colocar siempre toda acotación al principio de la tirada y formando un bloque con el número de ésta, convierten a la acotación en título de la tal tirada, y aún crean el equívoco de que pertenece al discurso del poeta. En verdad, obligan al lector a tomarla en cuenta necesariamente, quitan la libertad de reparar en ella más o menos, según el tipo de lectura.

3, 4 y 5. En tres versos, luego con magia idiomática —que coincide con la de nivel mitificador— selecciona el poeta las cosas que ve el héroe, todas valiendo cual marcas de ignominia: puertas abiertas, postigos sin candados y perchas vacías. Empleo “azores adiestrados” y no “mudados”, que dice el texto, porque la cetrería es algo ya en desuso, y el lector de hoy no tiene por qué saber cómo los azores resultaban valiosos y ya podían ser enseñados a cazar cuando habían mudado la pluma.

6. “Mio Cid” (Mi Señor), forma que subsiste en tratamientos de tipo militar, como Mi General o Mi Coronel, es un epíteto cortés y va antepuesto. El epíteto verdaderamente épico va en el Poema pospuesto al nombre y eleva el calificativo a caracterizador, dado que funciona como superlativo absoluto. Por ej.: “Ruy Díaz, *el buen lidiador*”, no significa sólo un buen guerrero sino el mejor de todos. De ahí que el epíteto épico se cargue de maravilla y tienda a sustantivarse por antonomasia, con el riesgo, para ésta, de que el lector distraído trivialice lo que capta y la maravilla se le desvanezca.

8. Resulta muy significativo que el primer epíteto épico dado a Dios en el Poema sea el de Padre *que estás en lo alto*, o sea, desde donde todo se ve y se sabe. Tal sentido, que mantiene a la Providencia cristiana en la magia arquetípica del ojo “panoptes”, que todo lo ve, enmarcado por el triángulo —que es, a su vez, símbolo de la Trinidad— funde perfectamente en uno la magia intuitiva, de orden psicológico irracional, con la creencia cristiana al nivel recatado y exigente de “misterio”.

10. “Soltaron las riendas”, dicen Salinas y Guarner en sus refundiciones, trasladando literalmente del original. La forma usada comúnmente hoy, que yo prefiero, es “a rienda suelta”.

13. Los movimientos casi instintivos de encoger los hombros y sacudir la cabeza impedirán que la mala suerte, cual polvo invisible, se deposite sobre el Cid. Son actos arquetípicos de raíz profunda, propios del proceso humanizador que va del acto reflejo (animal) al conjuro como rito mágico (sabiduría del inconsciente humano).

15b. Cambio aquí a verso de 12 sílabas por lo movido y ágil de la estampa y por ser 15b un verso de medida segura. Puedo afirmar que todos los cambios de metro, a lo largo de mi refundición, están cuidadosamente motivados, tanto como aquí, pero omitiré en general la explicación, que sería excesiva minucia. En 15b y 17, mediante las enclisis “entróse” y “viole”, mantengo en lo posible el efecto rítmico de la paragoge, desusada en la lengua actual, pero que el texto originario prodigó en esta tirada, al acumular “entróve”, “sue”, “sone”, “razone” y “señore”, si aceptamos a MP.

38. Este bote, dado con toda la planta del pie, es llamado “ferida” en el texto primitivo. Resulta un golpe muy fuerte, pues al poner rígida y derecha toda la extremidad inferior, como si fuese una lanza, aplica el empuje entero del caballo.

55. El Arlanzón es el río de Burgos. Se ha dicho que el juglar debió saber poco de Burgos, que acaso no conoció la ciudad sino de oídas, pues se limita a dar algunos nombres propios y no la describe. Desde nuestro punto de vista, debemos rechazar lo que tal criterio erudito tiene de perturbador. El juglar nombra aquello que produce sentido, diríamos más bien. Por ej., sabe perfectamente que la judería de Burgos está dentro del recinto urbano, hecho que los historiadores tardaron en admitir, y saca mucho partido de las idas y venidas nocturnas desde el arenal del Arlanzón, extramuros, a la casa de los prestamistas, ya cruzando el puente o bien por un vado.

67. Martín Antolínez obsequia al Cid con vituallas que eran de su propiedad, luego es obvio que no le vende nada, y si bien burla la prohibición del rey, no la quebranta a la letra. Así empieza a acreditársenos la agudeza de este Ulises castellano. Con todo, Antolínez decide irse con el Cid, como el texto nos sigue diciendo; porque le tienta la aventura, desde luego, pero también porque sabe que el rey, prepotente y sañudo, no aceptaría tal sutileza legalista. Por lo demás, muy castellana y en la línea democrática del “se acata pero no se cumple”.

77. En los textos medievales es frecuente ese “no me importa un higo” (o “una castaña”, o cualquier cosa de poco valor). Se trata de falsas metáforas, pues entre los miembros relacionados —aquí, los bienes de don Martín y el higo— no hay parecido sensorial alguno. La comparación, pues, no es metafórica sino existencial. Se refiere al valor que el dicente concede a las cosas. Esta modalidad de nuestra lengua no sólo funciona para lo negativo de valor, como en este caso, pues también se emplea del lado encomiástico. Por ej.: al decir de alguien, por sus méritos mas no por su aspecto, que es “una perla” o “un tesoro”.

87. Pongo “forradas de cuero”, eliminando “guadalmecí”, un arabismo desusado y que ya sabe a rancio. Guarner y Pérez de Urbel lo conservan, en sus refundiciones.

100. El estar ambos “en uno”, como dice el original, o “unánimes”, según la variante de Valle Inclán (ver prólogo), dio en español la forma acuñada “de consuno”, que empleo en mi refundición. Cuando dicho actuar de perfecto acuerdo adquiere matiz de asombroso, deja aflorar una referencia al destino. Así, en la carta de don Juan a doña Inés, leemos: “Vuestros padres, de consuno, / nuestras bodas acordaron / porque los cielos juntaron / los destinos de los dos” (ver el *Tenorio* de Zorrilla, 1ª parte, acto III, escena III).

239. La palabra “dueña” significa “doña” en el texto original. Se aplica a la persona de clase hidalga porque merece dicho tratamiento. Pero “dueña” es obvio que no puede mantenerse al refundir, por haber adquirido el significado de “dama de compañía” normalmente “de cierta edad”, en la evolución posterior de la lengua. Con toda razón, Salinas reemplaza “dueñas” por “damas”, y así haremos también nosotros, aunque a veces diremos “doncellas”, por conveniencias métricas y dado que el Poema se refiere, sin duda, a muchachas hidalgas criadas en la casa del Cid. La juventud de las “dueñas” se acredita más adelante con el hecho de que el Cid las dota y las casa, tras la batalla de Cuarte (ver tirada 95).

319. Expresamente, el Cid hace saber a sus mesnaderos que el abad les va a decir misa, pero no la del día sino la votiva de la Trinidad. Es una buena noticia, pues tal misa daba suerte a quienes emprendían una expedición contra los moros, según creencia de la época. Posteriormente, al insinuarse el racionalismo, el rey Alfonso X prohibió la misa votiva de la Trinidad en su cuerpo legal de Las Partidas. Igual cambio se produjo en Alemania, el otro país europeo que, como España, lindaba con infieles: primero se usó y abusó de la misa de la Trinidad, para tener suerte favorable, y después se prohibió el exceso, en el sínodo de Seligenstadt an Mein.

330-365. Problemas interesantes pero ajenos a nuestro objetivo de entender el *Mío Cid* y valorarlo, se han suscitado a propósito de esta oración. No entraremos, pues, a compararla con las oraciones de otras gestas europeas, para discutir influencias y prioridades. En cambio, nos interesa destacar: a) Que ahorra la descripción del templo y los demás detalles que hubieran podido alterar la sobria andadura del Poema, mientras acoge lo adecuado a su función mitificadora; b) En efecto, la oración afirma la fe cristiana tradicional, con milagros, pero del propio Dios, luego en un ámbito distinto al

de la épica y el héroe con destino providencial; c) A dicho nivel divino, la oración carga el acento sobre la omnipotencia, lo mismo del Padre que del Hijo. Nos deja subentender que la ternura generosa, conforme a las ideas de entonces, se proyecta en la Virgen María. De este modo, lo dicho por doña Jimena armoniza con la rogativa del Cid, de cara a la catedral de Burgos, y d) Se incorpora al cristianismo tradicional una referencia a los Reyes Magos, o sea a la astrología y al 3 como cifra.

391-403. El galopar incesante, la prisa, se deben a que el plazo para dejar Castilla está acabándose. El juglar nos lo recuerda. De ahí viene también la rauda nómina de los pueblos por donde se atraviesa: Espinazo de Can, Alcubilla, etc. Dichos pueblos quedan apenas entrevistos, mientras se destacan las referencias a la prisa del héroe y a las gentes que, "de todas partes", se le van juntando. En tal sentido, que crea una tensión dramática, debe entenderse y saborearse la enumeración. Ahora bien, entre las localidades meramente citadas, el narrador se detiene a decirnos que San Esteban es "una buena ciudad", y tal excepción, muy perceptible, puede interpretarse en dos direcciones, que paso a esbozar en lo suficiente:

1ª) Cabe referirla al autor del Poema, suponiendo que sentía un aprecio singular por ese lugarejo y por tal motivo lo eleva a "buena ciudad". De ahí, entonces, se pasa a suponer que hubo un juglar de San Esteban o sus inmediaciones, posterior al de Medinaceli, que refundió el texto primitivo. Al segundo juglar pertenecería dicho elogio, y a ser natural de allí podrían deberse los demás nombres citados, que revelan el buen conocimiento de tal comarca. Estas suposiciones, aunque llevadas adelante con erudición y sutileza, han di traído a la crítica y no han enriquecido la comprensión del *Mio Cid*. El texto de Per Abat, llegado a nosotros, posee unidad de concepción, cosmovisión y estilo, de modo que si en él trabajaron uno o dos juglares no tiene, como hecho, la menor consecuencia estética. Ciñéndonos al trozo que hemos acotado para esta nota, podríamos añadir que si la serie enumerativa la atribuimos a conocimiento del terreno por el juglar y no a la urgencia, caemos en una lectura bizca, que quita rango a lo dicho.

2ª) Referido al elogio de San Esteban a la obra como conjunto, podríamos entenderlo cual anticipación, ya que las hijas del Cid tras la afrenta de Corpes, fueron muy bien atendidas allí (2813-24), así como Alvar Fáñez, cuando acudió a recogerlas (2845 y ss.). Esta orientación intrínseca me parece preferible, pues se aviene con la composición del *Mio Cid*. Además, resulta idónea para captar la génesis del Poema y su modo de existir cual texto juglaresco. En verdad, la gesta ha sido creada a partir de una ruta que va de Burgos a Valencia, pasando por Gormaz, Medinaceli, etc. La recorren varias

veces los personajes, total o parcialmente, a veces la rebasan o se desvían de ella, pero en definitiva dicha ruta se impone como eje de la obra. A lo largo de la misma están la mayoría de los “lugares cidianos”, asociados para siempre a la memoria del héroe. Nuestro juglar tiene clara conciencia del hecho, y a propósito de uno de ellos, el cerro de Monreal, afirma: “Mientras el mundo sea mundo, esa montaña será llamada Poyo del Cid” (901-2). Ateniéndonos a esa idea conmemorativa del juglar, cobra plenitud de sentido lo mismo que el Poyo sea llamado “maravilloso” que el rango de “buena ciudad” otorgado a San Esteban. Quedaron en la ruta del Cid porque lo habían estado, sin duda, en la de quien compuso el Poema. A lo largo de ella debió también tener su público inicial. Consideremos que los viajeros de toda índole, guerreros, mercaderes, pastores trashumantes, juglares, iban y venían por dicha ruta, y cómo los mercados y ferias de pueblos cual Gormaz, San Esteban y Medinaceli tuvieron cierta importancia. Interesar a tales públicos y aun halagarlos fue una faceta de su acititud juglaresca, para el creador. Hasta los críticos más miopes han debido rendirse a la evidencia de que el Poema está geográficamente desnivelado, pues trata con más extensión los episodios de la ruta que la toma de Valencia. Sin embargo, lo conseguido al crear así fue un texto armonioso, bellamente equilibrado, luego urdir un texto épico apoyándose en una ruta, evocando y vivificando en ella ciertos “lugares significativos”, resulta un buen modo de mitificar. No dejó de advertirlo el maestro Joseph Bédier, al imaginar los orígenes de la épica francesa, y de ahí su conocida frase: “En el principio, fue la ruta, jalonada de santuarios”. Su error estuvo en restringir las rutas épicas a las de peregrinación, de donde vino el deslizarse al origen clerical de la épica. Pero dando a la voz “ruta” un sentido amplio y equiparando “santuario” con “lugar significativo”, que evoca cierto episodio de la gesta, la frase resulta certera y calza perfectamente al *Mío Cid*. Entonces devienen santuarios cidianos lo mismo la catedral de Burgos y San Pedro de Cardeña que el arenal del Arlanzón o el Poyo de Monreal. Son lugares que pasaron a simbolizar esencias heroicas perdurables y de los que se hablará mientras existan el mundo español y su lengua.

438. En esta ocasión se designa por primera vez al guerrero Alvar Fáñez con el sobrenombre de Minaya, que el texto prodiga en adelante. Se ignoró por mucho tiempo el significado de “Minaya”, discutiéndose acerca de su etimología y si era un apelativo o un nombre propio. Tras haberse inclinado primero a suponerle origen árabe, MP cambió de opinión y aceptó finalmente el étimon iberovasco *anai*, que significa ‘hermano’. También halló documentos donde se aplica en función apelativa y con pequeñas variantes: “meo annaia”, “Minaya”, “Miennaya”, pero en el Poema, puesto

se aplica sólo a Alvar Fáñez, está usado como nombre propio, concluye MP (ver, en la ed. crítica del maestro, lo dicho sobre la voz "Minaya" en el Vocabulario, y muy en especial la adición de la p. 1211 en el t. III). Precisemos, por nuestra parte, que Minaya, significando "mi hermano", lleva implícito en una gesta de Castilla la gentil el ser "mi hermano de armas". Al aplicarse exclusivamente a don Alvaro, está en superlativo absoluto y pasa, por lo mismo, de apelativo a caracterizador de cierta persona. Conserva su función épica aun cuando en algunos casos preceda al nombre, a la manera del tratamiento cortés. Esto es así por constituir Minaya una sola palabra, hecho raro en el Poema, donde el epíteto épico suele ser de frase. Como el mejor guerrero después del Cid, Minaya es siempre el primero y aun el único que habla en el consejo, si el héroe pide su opinión a los capitanes. Entonces, suele sugerir alguna estratagema. Cuando el Cid divide la hueste en Castejón, se queda al frente de una parte y confía el mando de la otra a Minaya. En tasar y repartir el botín, actúa Minaya como hombre de confianza de su jefe, sustituyéndolo. También lo vemos servir como embajador y apoderado del Cid ante el rey Alfonso, o encargarse de tareas familiares muy delicadas, por ej., escoltar a doña Jimena en su viaje a Valencia o recoger a las afrentadas doña Elvira y doña Sol. Por misiones de este último tipo, de índole privada, Minaya no es ya el compañero de armas de Rodrigo Díaz en sentido general, sino concretamente el que cuida de su esposa e hijas, el "ayo". Como tengo dicho en otras ocasiones, la figura de Minaya junto al Cid podría compararse con la de Patroclo al lado de Aquiles. Cada avance en la creación de este importante personaje va unido a cierta revelación lingüística. Primero, como Alvar Fáñez, se nos muestra el vasallo fiel, confidente de su señor y hombre seguro de sí, que no pierde la serenidad (-9 a -15, 14-15 y 378-390). Después, llamándole Minaya, se le perfila como excelente ejecutor de las iniciativas cidianas. Pronto veremos otros aspectos, que el juglar muestra en el momento oportuno, fiel a su escritura espaciada y sobria.

471 y 474. En el prólogo se sienta la doctrina, válida en general, de que los recursos juglarescos rompen la monotonía del discurso y le dan garbo pero no pertenecen al estilo del *Mio Cid* en sentido estricto. Por avenirse con dicha tesis, hemos pasado por alto, sin comentario, algunos "veriaís", "sabel", etc., que han ido apareciendo. Mas toda afirmación general no deja de ser, por fuerza, una regla con posibles excepciones, y en estos versos que ahora anotamos hay un ejemplo singularísimo de recurso juglaresco de mayor rango, el cual se acumula y se integra al estilo en sentido estricto. Se debe a que el recurso juglaresco funciona en síntesis con un cambio de perspectiva. El narrador ha estado contemplando a Castejón desde el escondite

del Cid, así que lo mira de lejos, situado enfrente. Sigue contándonos, siempre desde allí, cómo el Cid “sale” de la celada, apresa a los moros que andan por el campo y luego enfila hacia la puerta, que los moros abandonan, asustados. Pues bien, en 471, el narrador se desplaza, sitúase en la tal puerta, y por eso dice a su público: “Se ve cómo en su mano trae desnuda la espada”. Después, en 474, insiste en tan feliz desplazamiento y afirma que los caballeros “llegan” con su botín.

476. Al precisarnos que los caballeros de la algara son “doscientos y tres”, el texto nos da un número exacto que funciona como casualidad que no puede ser caprichosa sino mágicamente reveladora: esos 3 añadidos a los 200 dichos antes, en 441c, sugieren que la algara tendrá un éxito providencial. Más adelante, en 534, el Cid regala el castillo a 100 moros y 100 moras; un gesto de gran señor subrayado por el número “redondo” y “duplicado”. Captamos que dicho número redondo es más expresivo que exacto. Pero a su vez, en 493 y 505, hay dos números objetivamente reales, exactos, que no funcionan estéticamente cual “realistas”, dado que pertenecen a la clave del 3. Conviene sensibilizarse respecto al juego tenaz entre números redondos, expresivos, y cifras exactas de sentido mágico; se da a lo largo del Poema entero, y no se limita a algunos momentos destacados, como los ya citados en el prólogo.

493-505. Para entender a fondo estos versos, que integran la tirada 24, debo insistir en los criterios de congruencia textual y de clave mágica. Sin negar lo que tal tirada dice aisladamente, o sea, que Minaya agradece pero no acepta lo ofrecido por el Cid y hace un voto de bárbara rudeza, debemos notar: 1) Que el asalto a Castejón y a la algara de Minaya fueron dos operaciones planeadas como un conjunto único; utilizarían de modo pleno (100 + 200) las 300 lanzas de que por casualidad maravillosa se disponía. 2) Que Minaya lo creía así al planear, está dicho en 441d: “con Dios y vuestra estrella tendremos más ganancia”. El éxito de la algara, pues, no dependerá de lo que don Álvaro haga personalmente sino de que va a operar la buena estrella del héroe (en el original, su “auze”). Ya hemos aludido a un detalle: los 200 caballeros de la algara dio la casualidad de que, al fin, resultaron ser 203. 3) En congruencia con lo anterior, durante la algara se hace siempre referencia expresa a Minaya y su enseña, hasta que de pronto, en 489, llamándole ahora Alvar Fáñez, el Cid le ofrece la quinta parte del botín, “si quisiera tomarla”. 4) Sutilmente, la oferta es para don Alvaro si personalmente ha actuado y vencido, luego no para Minaya, el segundo de la hueste, si todo se debió a la “auze” del héroe. 5) En tal sentido, la oferta sería una cortesía exquisita del Cid, análoga a cuando le ofrece su caballo Babieca al rey Alfonso, en 3515. El rey agradece el

regalo pero no lo acepta, e igual hace aquí Minaya. 6) A tenor del contexto analizado, se penetra en los alcances del voto hecho por Minaya: cuando acredite su valía personal en el combate como Alvar Fáñez, y lo haga en presencia del Cid, tomará algo de lo que ayude a ganar a éste (504), mas ahora, de lo que Dios y la “auze” del jefe han otorgado en la operación conjunta, no tomará nada. Por tales medios estilísticos, lo que tiene el voto de uso militar de la época, o sea, su faz objetiva, tosca, “realista”, explicable según la historia, deja traslucir su entraña épica, de magia mitificadora.

516 y 522. Aparece y en seguida se repite la voz “presentaja” o “presentaia” (del pl. praesentalia, hacer presente o regalo de algo). Ya en el prólogo se examinó el juego estilístico entre “presentaja” y “present”, que enriquece la estampa del requiebro. Aquí nos interesa destacar otros aspectos, que prueban la riqueza estructural del Poema. 1) En 516, “dar como presente” significa “regalar”, a diferencia de “vender”, y trasciende de inmediato a ir creando un Cid generoso, revelado más plenamente poco después, cuando regala el castillo a 100 moros y 100 moras. El texto, pues, rechaza la interpretación prosaicamente utilitaria de Vossler en su *Carta*. El Cid es un caballero, no el gerente de una empresa, aun si leemos con criterio “realista”. 2) En 522, el significado de “presentaja” se desliza a una oferta de precio que es comprar muy barato, o como solemos decir ahora, “comprar regalado”. Una oferta así, por parte de los moros, tiene lugar debido a que el Cid no había puesto precio por su parte y dice estar dispuesto a “vender regalado”. Pues bien, debemos fijarnos en la creación lingüística que posibilita lo entendido. Notamos, una vez más, que el héroe es generoso, y más aún, que su afán por liquidar lo de Castejón, alejarse del rey y planear a largo plazo prevalecen sobre el utilitarismo de corto vuelo. Con todo, tal riqueza de contenido se logra ensanchando y matizando la lengua, dando a “presentaja”, en 522, la significación de “vender regalado”. Se nos confirma, pues, que el juglar fue un creador de lenguaje. 3) Desde su punto de vista, comentó MP que, en efecto, el Cid vendió muy barato, para que los compradores tuviesen “gran ganancia”. Y calcula así: “la quinta del Cid, en vez de los 3.000 marcos que le pagaron por ella, debía valer más de 11.000, a juzgar por los que se dice en los versos 513-514, 419, 674” (ver su ed. del texto en *Clásicos Castellanos*, Madrid, 1951, p. 134). 4) Por nuestra parte, y aceptando la objetividad de tales cálculos, nos interesa destacar la “casualidad mágica” de que, por ser generoso y “vender regalado”, el Cid obtuvo 3.000 marcos pagados a los 3 días, o sea, que logró ajustarse al orden providencial (521 y 523).

524 y ss. Esta enumeración de los parajes por donde pasa el Cid produce el efecto de tensar el relato. Dicha tensión es de orden

intelectual; la curiosidad del lector resulta estimulada. El juglar la funde con el proceso narrativo al decirnos, en 549, que no pueden saber los moros qué intenciones llevará el héroe. Desde este verso, la tensión mantiene el nivel alcanzado, hasta que el juglar confía a su público cuál es el propósito del Cid: tomar Alcocer (556). Entonces, termina, y la atención se orienta hacia otra cosa, el miedo de los moros. Tal enumeración tensiva, de orden intelectual, no puede por menos de relacionársenos con la enumeración dramática de los lugares que atravesaba el Cid al salir de Castilla (391-403), comentada atrás. El “contraste” entre ambas constituye una forma de las llamadas distensas en estilística, por no estar contiguos sus miembros. El Poema usa con mucha seguridad las formas distensas: hace que el último miembro evoque necesariamente el anterior o anteriores, por la analogía notoria del rasgo común (en nuestro caso, el material toponímico). Otra forma distensa del *Mío Cid*, como recordará el lector, es la serie de 3 profecías sobre que el destierro será para bien del héroe (14-5, 175-6 y 406-9). La distancia entre los miembros de la serie profética impidió a los positivistas captar la totalidad, y sobre todo, el haberse obstinado en aislar la profecía del arcángel de las otras, con la manía de ver ahí un milagro. Ahora bien, separar la visión de San Gabriel —ese “algo”— de lo demás, crea el falso problema de si dicho “algo” será o no real, a la vez que impide captar su sentido, que está en la relación con los otros miembros de la profecía (ver, en el prólogo, la contraposición entre realismo y sentido, del taoísmo). Por nuestra parte, con criterio sicoestético, debemos llamar la atención sobre lo bien escogidos que están los 3 miembros de la serie vaticinante. El 1º expresa la confianza razonable del héroe en sí mismo; el 2º, la de otra persona tan distinta del Cid como el judío Raquel; y el 3º, prescindiendo de si equivale también a un “milagro modesto”, dado que como “sueño” podría no ser milagroso, significa el retorno al 1º como sueño “del Cid”. Observemos que para el sicólogo, como para el crítico literario, discutir si el sueño en cuestión es o no milagroso constituye una impertinencia, equivale a hacer teología barata. Tal fue el riesgo positivista, con todo eso de distinguir entre milagros modestos e importantes. Atengámanos nosotros a lo síquico indudable, que produce efectos de persuasión inmediata, o sea, a que el sueño del Cid (miembro 3º de la serie) funciona como retorno a la confianza en sí mismo del 1º, pero formulada ahora irracionalmente, a través de un hecho onírico que emerge de lo profundo. El total de la serie profética deviene, según eso, el sinónimo desplegado del primer miembro.

574-610. Se cuenta en estos versos cómo el Cid se apoderó de Alcocer, y varios detalles prueban hasta qué punto el juglar valora como hazaña heroica, digna del que en buena hora nació, la treta emplea-

da: el que la denomine expresamente "ardid" (575), la minucia del relato, que abarca 35 versos, y sobre todo, que nos transcriba cual "voz unánime" de Alcocer (581-6) lo que sus habitantes llegan a pensar, movidos a ello por el Cid, quien les hace de este modo engañarse a sí mismos. Debido a tales rasgos, la toma de Alcocer posee un nivel hazañoso del que carece la de Castejón, donde los moros sólo hacen lo habitual. De cuanto el Poema lleva relatado hasta ahora, únicamente el ardid de las arcas le es comparable. El juglar nos induce a acumular ambos ardiles, repitiendo el rasgo expreso de la voz unánime (allí de la Caja, aquí de Alcocer). Como los demás rasgos, aunque diversos, se mantienen en un clima de intelectualismo irónico, digamos que la acumulación funciona al modo de un tema con variaciones. En cuanto al héroe que los ardiles van perfilando, revela su capacidad de prever la conducta de los otros ante un señuelo, al par que recata sus propias intenciones, impenetrables para el adversario. Ya en mi libro de 1948, destaqué esta inmensidad psicológica del Cid como nota esencial de su heroísmo, apoyándome en *El Héroe*, de Baltasar Gracián, donde se eleva dicha dote a "primor primero".

611-2. Irrumpe de pronto en el relato Pedro Bermúdez, al plantar la bandera del Cid en lo alto del castillo. Debemos suponer, dada la obriedad del Poema, que don Pedro actuará muy pronto y que sus hechos bastarán para caracterizarlo. El juglar va a usar la misma técnica que con Martín Antolínez, al cual presenta abasteciendo a la mesnada y perfila en seguida durante el episodio de las arcas.

619-22. Esta generosidad del Cid con los vencidos, que no deja de ser una actitud utilitaria, fue comentada agudamente por Américo Castro. Vio en ella el testimonio de toda una política señorial, propia de la España cristiana en la Edad Media. Dice Castro (*España en su historia*, B. Aires, 1948, pp. 48-9): "Ejercer el señorío y servirse de los moros, tal fue el programa, no en manera alguna imitarlos en sus actividades técnicas e intelectuales". En seguida, compara esta actitud con la de Roma respecto a Grecia. Como quiera que la postura de don Américo ha sido enjuiciada desde muchos ángulos, conviene precisar aquí: 1) Que los historiadores de oficio han reprochado a Américo Castro el uso excesivo de testimonios literarios para entender la historia de España. Vieron en ello el proceder de un lingüista que se improvisaba historiador, y hasta dejaron traslucir su desdén por la literatura cual testimonio; 2) Sin negar los riesgos del testimonio literario, debemos reconocer que sirve para iluminar ciertas capas profundas del acaecer histórico, de ser usado con la sagacidad de un Castro y ratificado luego con pruebas de otro orden; 3) Con todo, es notorio que la opinión citada significa utilizar una

frase del Poema, arrancándola de su contexto literario, para hacer historia de España, luego nosotros debemos manejar estos versos, 619-22, del *Mío Cid*, de otra manera: estéticamente, ni más ni menos que en la obra literaria donde se hallan; 4) Vistas así las cosas, la actitud del Cid es, ante todo, generosa. Se trata de ciertos moros concretos, los de Alcocer, y la decisión ha sido tomada al mismo acabar determinada lucha. La frase, por tanto, no es un programa político para toda la Edad Media. Su significado inmediato es la benevolencia, asumida cuando aún podría durar la excitación de la batalla, luego superando el afán de venganza; 5) La decisión del Cid, sin embargo, no deja de mostrarnos el lado eficaz y práctico de su carácter, pero esto queda minimizado y matizado por varios modos; 6) De modo inmediato, la frase funciona como persuasiva, está dirigida a los mesnaderos, a quienes trata de apaciguar. Poco antes, “daban sus golpes sin piedad” (604), y gozaban al hacerlo, así como el juglar al contarlo (600). Lo más sencillo para que se calmen es apelar a su egoísmo, el cual no es preciso que el Cid comparta en el mismo grado; 7) De atrás, se acumulan a este perdón de los de Alcocer cuantos rasgos de mesura cidiana han sido mostrados, desde que el héroe se dejó conmovir por la niña de nueve años.

636-7. De un modo oscuro, como algo posible, insinúa el Poema que el rey Tamín va a fracasar, pues teniendo a su lado 3 emires sólo envía 2 contra el Cid y el otro queda vacante. ¿Servirá de algo que la tropa sea de 3.000 moros y que haga 3 jornadas, a Segorbe, Celfa y Calatayud, antes de llegar a Alcocer? En 654-5 se insiste en que al frente están 2 emires, luego acaso cojea algo, mágicamente. Sin embargo, el riesgo era grandísimo para el Cid y los suyos. Y el estilo capta igualmente esa otra cara del enigma con la enumeración topográfica, matizada por el detalle de la mucha gente que se va uniendo a los valencianos (648, 653). De tal modo, la tensión creada es nuevamente dramática.

685-92. La decisión del Cid es ante todo la de un guerrero valeroso: o morir con honra o triunfar, pero llega a ella mediante un proceso que acredita sus dotes militares a la vez que su fe providencialista. Aguanta impávido que lo cerquen y le corten el agua, para que el enemigo se envalentone y se confíe, mientras él mantiene una rígida disciplina (662-3); he aquí lo externo de su conducta. Pero en el momento oportuno, o sea, al cumplirse 3 semanas (665), convoca a consejo, y ésta es la capa profunda, mágica. Las precauciones del héroe culminan, por ello, con un acto paradójico: nombrar a Pedro Bermúdez abanderado, lo cual, puesto el abanderado encabezaba la vanguardia, significa una decisión aventurada —don Pedro es un impulsivo— y a la vez un acto humildísimo: tras haber sido todo lo

previsor que humanamente cabe, dejar su destino en manos de la Providencia. Lo inabarcable del alma cidiana se nos revela una vez más al nivel heroico del predestinado. Pone la enseña en manos de Pedro Bermúdez porque éste es bravo y la sabrá honrar con su audacia, y a la vez, con poca o ninguna lógica, le ordena que no ataque mientras él, el Cid, no se lo mande. Constituye así el héroe un dilema sin escape, ya que el pundonoroso don Pedro obedecerá por disciplina, frenando sus propios impulsos, o desobedecerá si el impulso viene de lo alto y se le impone sin remedio (sobre otro ej. de dilema que también atrapa al destino, véase el prólogo, en su comentario al episodio del requiebro). Por otra parte, la decisión cidiana se nos acredita de inmediato como más eficiente que lo resuelto por Tamín, el rey moro, tanto que a partir de ella está seguro el lector de que el héroe va a vencer.

710. Sobreviene la corazonada de Pedro Bermúdez, como el Cid había previsto, y el valiente abanderado ataca, desobedeciendo la orden literal del héroe, pero cumpliendo su designio profundo. El impulso es providencial, irresistible. “No lo puedo remediar”, dice don Pedro. MF notó la semejanza gramatical entre la frase del abanderado y otra de Minaya, en 675. No hizo ningún alcance, en cambio, a la corazonada del propio Cid, cuando se le ocurre la treta de las arcas y confiesa que no puede resistirse a ejecutarla: “yo más non puedo” (95) (ver el análisis de “yo más non puedo” en el prólogo).

726-30. Para los eruditos de la literatura comparada, resultó interesante si estas series apoyadas en la anáfora “tanto” y algunos “verfais” juglarescos, son uno de los pocos o de los muchos rasgos de estilo que el *Mio Cid* tomó de las gestas francesas. Por nuestra parte, destacaremos que aquí constituyen un acierto, por lo oportuno de su empleo. Tras la carga de caballería descrita en la tirada anterior, donde la mesnada actúa como unidad férrea y lo entendido progresa en el tiempo, viene esta etapa en que los dos ejércitos se mezclan y la batalla se fragmenta en una confusión de múltiples luchas simultáneas. Esta situación, en que la acción no avanza, durativa y reiterativa, es la mostrada, con vigoroso dinamismo y fino colorido.

731 y 731b. Rompiendo mi norma de refundir el texto verso a verso, amplió a dos el 731 del original. Me parece que de no hacerlo así, algo fundamental de la “guerra santa” perdería la importancia que tiene en el Poema. El juglar de Medinaceli podía hacer una referencia muy concisa a los campeones celestiales de ambas tropas por tratarse de algo archisabido para su público. Pues bien, hay que ampliarla, no para que el lector de ahora entienda más sino para que pueda seguir entendiendo lo mismo.

733-4 y 748. En aquella democracia guerrera que fue Castilla la gentil, las dos cualidades del jefe carismático habían sido siempre: ser el mejor guerrero y ser el mejor compañero de armas. La primera es atribuida al Cid al darle el epíteto de “el buen Campeador” (el mejor lidiador posible). Se redondea la valoración adelantando el detalle del arzón dorado, tan visible, que lo destaca para que los suyos lo admiren y los adversarios le teman. Pocos versos después, la congruencia mitificadora inventa el episodio en que el héroe lo deja todo para socorrer a Minaya. Entonces se le da el epíteto de “el Castellano” (el mejor castellano, el mejor compañero de armas). Fantasía mítica y creación de lenguaje avanzan inseparables.

735-41. Ca i todos los personajes nombrados existieron realmente: debemos reconocerlo y pasar en seguida a otras cuestiones que nos interesan más, como lectores a fondo del Poema. El sentido preferente que tiene la lista entera es el de evidenciar que a la hueste del Cid han acudido guerreros de toda la España cristiana. De ahí el destacar ahora, a propósito de Minaya, que mandó en Zurita, un pueblo castellano. Así resulta miembro homogéneo de la serie, junto a Martín Antolínez el burgalés y Muño Gustioz el de Vivar, junto a Martín Muñoz, el que mandó en Montemayor, luego vino de Portugal, y junto al aragonés Galindo García. Entendida así, la lista de capitanes, aunque exigua, funciona igual que el famoso Catálogo de las Naves de la *Iliada*, donde se hace evidente cómo en la expedición aquea participaba toda Grecia. Eso sí, dicho sentido predominante, mantenido cuando se repite la nómina entera al indicar la comitiva que marcha a las “vistas” con el rey (1991-6), excluye en este segundo caso a Félez Muñoz, lo cual revela cierta anomalía en la gestación de dicho personaje. Según el episodio de la afrenta, donde actúa y queda creado por completo, es un jovenzuelo elegante y emotivo más que un duro capitán. Luego la inclusión de Félez Muñoz en 741 significó tal vez el anticipo de una figura vaga, sólo entrevista, mientras su exclusión posterior, en 1991 y ss., la hace un juglar consciente de que tan simpático muchacho no pertenece al grupo de los capitanes. Más clara que la anticipación del joven Félez es la de Muño Gustioz. Aquí, el proceso mitificador no titubea al ir desvelando un personaje adicto al héroe y austeramente eficaz (2324-30, 2901-74). También parece que al juglar de Medinaceli le agradaba, por eufonía, juntar los nombres de Alvaro Salvadórez y Alvaro Alvaroz. Al cotejar 443, 739 y 1994, tropezamos siempre con el grupo de los dos Alvaros.

753 y 810-3. La conjunción de estilo y mito llega a una perfección absoluta cuando Minaya queda caracterizado como el mejor brazo del Cid (como su “diestro brazo”). Vimos atrás las dos etapas de

gestación del personaje: la inicial, en que se le esboza como Alvar Fáñez, y la siguiente, en que deviene Minaya y queda perfilado como compañero leal. Con todo, Minaya quería ser él mismo. Alvar Fáñez, y de ahí el voto que formuló. Ahora, en Alcocer, llegamos a la tercera etapa, la definitiva, y se nos impone la maestría del texto. Luchando a su manera don Alvaro pierde el caballo y queda reducido a infante valeroso (744-7), pero en cuanto el Cid le da un nuevo caballo, hace maravillas sobre él, ¡hasta quedar harto de lucha y dar por cumplido su voto! (756-8 y 778-84). Pues bien, la realidad profunda que entraña el episodio aflora en seguida con el epíteto de “diestro brazo”, que viene del simbolismo arquetípico de la mano. Por eso el Cid dice ahora, a la vez, a quien es su brazo derecho: que tome del botín cuanto desee —y no lo dice por cortesía— y que va a enviarlo como embajador suyo al rey Alfonso. En fin, que Minaya queda en “miembro” de la suerte del héroe, no puede ni debe separarse de su jefe o “cabeza”. El epíteto “diestro brazo” vale, pues, como horóscopo, vislumbra el futuro del personaje. El lector del Poema empieza por advertir que Minaya cumple muy bien las misiones que el Cid le encarga, según el Campeador mismo asegura, pero deja de ser figura interesante. Cada vez resulta Minaya más gris y aburrido. Propone siempre la misma estrategia de atacar por detrás al adversario, no tiene “ocurrencias” como Pedro Bermúdez o Martín Antolínez, en fin, que se mecaniza. Todo por ser puro brazo, sin caletre propio. Por lo mismo, su tardío intento de emancipación, cuando Minaya acepta ser “manero” del rey Alfonso en la boda de las hijas del Cid, funciona a contrapelo: para el Cid es una desgracia, de la cual acaba por rehacerse, mas para su ex diestro brazo significa el fin irremediable. Por añadidura, sin pena ni gloria; primero, el Cid lo reemplaza por Muño Gustioz como embajador, y después el rey no lo toma en cuenta, en la corte de Toledo, cuando Minaya lanza su reto.

758. El original dice: “A los que alcanza / valos delibrando”, a mi entender, con humorismo agresivo, muy propio de la exaltación bélica del momento. Salinas desatiende este matiz en su versión, y escribe: “Enemigos que él alcanza la vida les va quitando”. Pérez de Urbel, por su parte, dice: “Cada moro que alcanza muerto le va dejando”. En su Vocabulario, *MP* considera que la aceptación básica de “delibrar” es la de ‘acabar, concluir, despachar’, y cuando se desliza hasta ‘matar’, conserva el rasgo de hacerlo fácilmente, “como lobo a corderos”. Por tanto, las versiones de Salinas y Pérez de Urbel empobrecen el original. En mi opinión, debe tenerse en cuenta, como siempre, la congruencia de este verso con lo demás del texto, ¡queremos percatarnos de cómo se orienta la acepción originaria. Pues bien, resulta que, en 472, el Cid “mataba” moros de Caste-

jón; durante la toma de Alcocer, los mesnaderos “matan” (605), así que hay “muertos” (618); cuando el Cid prevé los riesgos de la batalla campal, emplea un “si muriésemos” (687); llegada la carga de caballería, tropezamos de nuevo con “mataron” (724) y dos veces con “muertos” (725 y 732); poco después, nos informa el narrador de que a Minaya “matáronle” el caballo (744). Tal es el juego normal en que aparecen las dos significaciones “matar” y “morir”, relacionadas una con otra muy claramente, sin que las adecuaciones de tiempo y persona alteren nunca su mutualidad significativa. Por lo mismo, la voz “delibrando”, al aparecer en 758, rompe el precedente y constituye una sorpresa. Estilísticamente, no es ni puede ser un mero sinónimo de matar, y debemos acercarnos a este caso como hicimos en el prólogo con “present”, cuando de pronto aparecía en vez de la habitual “presentaja”. Ahora bien, sabemos que el juglar, al exaltarse, habla del “gozo” de herir y matar en el combate (600), mas ahora, dada la situación paradójica de Minaya, que triunfa pero como diestro brazo del Cid, es inevitable que el gozo se tiña de humor negro. También ha podido influir en la matización la homofonía entre “delibrar” y “librar”, pues el significativo insólito, emancipado de la referencia diaria, se hace muy sensible en tal dirección, propia del lenguaje secreto. De tal modo, ese ‘despachar fácilmente’, como el lobo a los corderos, señalado por *mp*, viene a concretarse en que Minaya libra de las penas de esta vida a quienes alcanza. A dicha conclusión llego, y de ahí la factura que doy al verso 758. Por lo demás, el caso me ratifica lo bien que escribía el juglar y cómo se adelantaba a la evolución de la lengua, ya que el eufemismo humorístico del Poema ha cuajado más tarde en acuñaciones varias, todas de uso corriente. “Matar” es hoy, en tal sentido, “quitar penas”, “curar el dolor de cabeza”, “librar de preocupaciones”, etc.

767. Sin repetir razones ya expuestas, debo señalar el sentido providencialista de este verso y lo cargado de energía que está. Como desvela el por qué se gana la batalla, guía la invención mítica en cuanto sigue: enviar a Castilla la noticia, pedir al rey que levante el destierro “injusto” (así lo ha probado la mismísima Providencia), etcétera.

Tirada 39. Un caso bien claro de cuándo se debe hacer la refundición en metro breve, dada la abundancia de versos ágiles y cortos en el original. Observemos, a otro nivel, que es Martín Antolínez quien vence al segundo emir y no Minaya, luego la grisura de este último se inicia ya en lo decisivo para una gesta, que es la guerra.

794. Las grandes riquezas obtenidas funcionan como “ornamentación”, o sea, que al ponderarlas se las supedita a otros valores de

mayor rango. En la enumeración de 795, los “escudos” y las “armas” (lo bélico) preceden al simple “dinero”. Se hace un caso aparte con los “caballos”, que ratifican el punto de vista militar. En seguida, el saboreo de la riqueza es matizado con sentimientos de otro tipo: haber sufrido pocas bajas, regalar algo a los moros de Alcocer. La austeridad aparece cual contrapeso de la riqueza con el reiterado elogio a la justicia distributiva del Cid; allí no hay favoritos ni postergados, luego todos quedan satisfechos (806-9). Finalmente, sobre todas estas valoraciones de orden humano, se colocan las del religioso: “estas grandes riquezas —resume el Cid— nos las ha dado el Señor” (811), así que son pruebas de su bondad.

820-5. Al lector de hoy puede extrañarle que el Cid escoja una bota de montar (una “huesa”, en el texto arcaico) para enviar el dinero en ella. Sin embargo, la elección de la “huesa” es simbólica y revela muy bien la subordinación de la riqueza a otros valores. El oro y la plata fina remitidos sólo son merecedores de que un héroe los envíe porque los ganó como caballero, luchando “con las botas puestas”, como se sigue diciendo en nuestra lengua. Por lo mismo, tales riquezas se depuran de toda significación prosaica y devienen adecuadas para los fines piadosos a que el Campeador las destina: decir misas a la Virgen María y proteger a la esposa y las hijas.

Tirada 43. De instruir a Minaya sobre lo que podrá decir “con razón” al rey y a todos los castellanos (que la victoria ha sido grande, providencial, y prueba que el destierro fue injusto), el Cid salta bruscamente a prevenirle sobre el regreso. Cuando vuelva, Minaya encontrará al Cid con la mesnada en Alcocer, donde ahora quedan, o acaso en otra parte. El héroe, pues, no está seguro de que la embajada va a tener éxito, de que el retorno a Castilla es inminente. Con todo, lo reciente y magno de su triunfo le impide verlo claro. Y el juglar, dado su estilo sobrio, tampoco adivina cuál será la reacción del rey, o finge no preverla. La solución más bella (y psicológicamente más sutil) es la tomada al mostrarnos un Cid inquieto, que no puede esperar pasivamente en Alcocer y piensa en irse de allí. De esta “inquietud”, como sentimiento profundo cuya verdadera causa no aflora todavía, brotan las aparentes “razones” que tratan de justificarlo: la tierra aragonesa es pobre, es mala. Tales juicios constituyen verdaderas racionalizaciones del sentimiento profundo.

845 y 859. La inquietud cidiana, avizorada en la nota anterior, no es capricho subjetivo, sin embargo, ni bastan —para explicarla— esas racionalizaciones utilitarias de que permanecer en un sitio es empobrecerse. Hay otra motivación, la maravillosa, que es la esencial-

mente verdadera: para que el destino del héroe se cumpla hay que irse de allí, hacia las tierras donde sale el sol (ver prólogo). Tal verdad va a resultar patente al principio del Cantar segundo. Con todo, los primeros prodigios que apuntan en dicha dirección ya empiezan a consignarse. El Cid vende Alcocer por 3.000 marcos, o sea, que se repite y acumula esa "casualidad" de vender regalado pero ajustándose a la cifra providencial (845). Después, la armonía entre lo hecho por el nacido en buena hora y los designios celestes se ratifica ostensiblemente con los agüeros favorables (859). Estos dos datos, que son los verdaderamente cargados de sentido, pertenecen a la mitificación inconsciente del poeta, a ese nivel de la magia creadora en que los arquetipos funcionan oscuramente, como "tendencia". El lector, de no estar prevenido, puede ocurrir que los capte cual frases hechas y no repare en ellos. En cambio, tropezará quiera o no con los detalles convencionales que hay entre ambos, a propósito del llanto de los moros porque se les va un señor tan bueno. Pues bien, eso mismo pasó a los críticos positivistas: repararon únicamente en el relleno y se lanzaron a su cotejo con el de las gestas francesas, para ver si en el *Mío Cid* se lloraba tanto como en ellas o se lloraba menos. En cambio, la venta de Alcocer en 3.000 marcos no les decía nada, como ciegos que estaban ante la cifra maravillosa, mientras los agüeros les sabían a superstición impropia del Cid, modelo de caballero español, y pasaban por ella como sobre ascuas. Por nuestra parte, hemos puesto en claro por qué al lector de buen gusto le desazona el llanto de los moros, pegote de una técnica aprendida, y saborea el garbo de los 3.000 marcos y la gracia volandera de los pájaros, es decir, la singularidad del texto. Como datos con sentido, pertenecen al ritmo del discurso, a su fluidez. o están forzados ni sin técnica sino inspiración.

881-96. El diálogo diplomático entre Minaya y el rey se prepara hábilmente con la pregunta cortés del último sobre quién le envía los caballos. Así, el rey da pie a Minaya para que se explique y haga su petición. Lo importante viene en seguida: don Alfonso no levanta el destierro por razones de prestigio. Es pronto para que todo un rey se allane a eso, va contra el principio de autoridad. En cambio, otorga otras mercedes más pequeñas, alardeando de benevolencia: acepta el regalo del Campeador, si bien por ser botín de moros, da franquicias de toda índole a Minaya, y además, como plus, permite que se marchen con el Cid quienes lo deseen. Muy en su papel, Minaya agradece tales concesiones pero mantiene su demanda básica para más adelante. He aquí lo sucedido de modo expreso, al nivel de la diplomacia. Para calar en su sentido, podríamos acogernos a la "invidencia" de don Alfonso, como llamó reiteradamente **MP** a cierta ceguera de origen no muy limpio —aca-

o, la envidia— que impidió al rey entender al héroe, amarlo y aprovechar sus dotes. Con todo, la “invidencia”, tesis de historiador concienzudo, sirve para explicar lo que sucedió entre el rey y el infanzón de Vivar históricos, pero no desentraña el enigma mítico, el del Poema. En el Poema, el rey empieza por ser autoritario, sañudo. Cree la calumnia contra el Cid porque vive alerta de sus prerrogativas, porque mira en poco a todo el mundo. Ahora, en la escena con Minaya, sigue atenido al principio de autoridad, si bien deriva hacia la cortesía, porque le place la humildad del Cid. Esto es lo que el rey ve en el regalo, no la victoria providencial. Se inicia así un proceso de madurez del carácter regio que constituye uno de los aciertos de la obra. El proceso no es un cambio de carácter; constituye más bien una depuración de dicho carácter, una experiencia de la vida que el Cid estimula. De sentir su rango de monarca toscamente, como ejercicio de una fuerza irresistible, don Alfonso asciende a lo que míticamente debe ser un rey: quien dignifica esa fuerza, al erigirse en custodio de la justicia. Mas no adelantemos nuestro análisis. Ahora, en la escena con Minaya, la maduración del rey está empezando, así que sus frases resultan ambivalentes; pueden apreciarse cual regateo mezquino, que disfraza la negativa de lo principal con excusas elegantes, o bien como el inicio de una actitud comprensiva hacia el Cid. La frase regia más cargada de misterio la hallamos en 883. Ahí, el soberano dice que el destierro dura tan sólo “tres semanas” y por eso es pronto para que él lo levante. Ahora bien, ateniéndonos al Poema, lo afirmado por don Alfonso no es verdad. En el otero, antes de tomar Alcocer, estuvo el Cid más de quince semanas (573). Sitiado por Fáriz y Galve, aguantó otras tres (664-5). Al sumar, tendríamos ya dieciocho semanas, a las cuales deberá añadirse alguna más, para dar holgura a las marchas y sucesos varios que también han ido acaeciendo. No hay duda, pues: lo de las tres semanas, o es un terrible descuido del juglar —explicación demasiado fácil— o encubre un enigma. Me inclino a lo último, por mi parte. Y en tal supuesto, el desajuste entre la frase regia y las dieciocho semanas largas debe tener una explicación mágica, como cuando cierto rey de León olvidó el plazo en que debía pagar un azor y un caballo a Fernán González. Poseído por su orgullo de rey, don Alfonso lleva mal la cuenta de las semanas. Ahora bien, esto no es “invidencia”, a modo de ceguera por envidia; se trata de un error providencial. El rey, al equivocarse, “maldice”, ignora el orden divino. Si cometiese error de hecho, si contase mal pero ya fuera un buen rey, levantaría con doble motivo el destierro del héroe, al tomar el tiempo transcurrido por el plazo justo. Luego don Alfonso yerra y mal-dice al par, está dejado de la mano de Dios. Mas resulta igualmente, según el providencialismo del Poema, que el rey cuenta mal —como antes creyó

la calumnia— porque tales errores son necesarios para que el destino del que nació en buena hora pueda cumplirse. En verdad, si la embajada de Minaya triunfase en todo, retornaría don Rodrigo Díaz a Vivar y no conquistaría Valencia.

899-900. Tras contarnos la embajada de Minaya, el juglar desatiende a este personaje y se orienta hacia el Cid, para decirnos qué había hecho mientras tanto. El cambio resulta feliz, por el tono sincero, familiarmente cordial, con que está efectuado. Consiste en un “quiero”, donde el juglar confiesa que ordena el relato a su gusto, y en seguida, en una apelación a la memoria de su público: “Acordaos del cerro tan alto en que acampaba”. Como siempre que la forma juglaresca acierta de lleno, se produce la integración excepcional de estos dos versos al discurso, el cual sigue con la reflexión de que el Poyo junto a Monreal se llamará del Cid mientras el mundo sea mundo. Eso sí, el tal mundo es la España de moros y cristianos, la medieval. El vate de Medinaceli no imagina otra.

903 y ss. Se refieren algunas marchas desde el Poyo. Lo consciente es que los pueblos moros pagan parias. A veces, la mesnada entera participa en la correría y el Poyo, mientras, queda desamparado. En fin, que la inquietud cidiana sigue y hasta crece.

915-34b. Vuelve Minaya y el texto pondera el éxito de su misión, sobre todo al transcribir palabras del Cid, siempre cortés y magnánimo. Eso sí, el lenguaje del narrador es más cauto, pues se ciñe al ámbito privado, a las noticias que los mesnaderos reciben de sus familiares. Conviene señalar: 1) El orden de intimidad creciente con que se enumera a los primos, los hermanos y las esposas. Semejante orden nos prueba la valoración positiva que hace el texto del recato y cómo el hogar castellano es un ámbito privatísimo; 2) Este modo de valorar se acentúa llamando a la esposa “compañera”, apelativo que viene de la dignificación cristiana de la mujer y del rango sacramental del matrimonio. La tradición se remonta a los Evangelios, se formaliza en las Epístolas de San Pablo (Corintios, I, cap. VII, Efesios, cap. V), y plasma, para el pueblo, en la frase dirigida al varón en el acto matrimonial: “compañera te doy y no sirva”. Como quiera que en la España mora, la mujer seguía siendo esclava del marido, la palabra “compañera”, aplicada a la mujer castellana, está cargada de sentido.

936. La algara por tierras de Alcañiz, que el Campeador saquea e incendia sañudamente, dejándolas “negras”, muestra que la inquietud cidiana crece y podría llegar a la desmesura. Como esto ocurre después del retorno de Minaya, queda en sus justos límites el éxito

de su misión. El Cid no está satisfecho, no se concilia lo que dice con lo que hace. La contradicción se da entre lo que brota por mitificación inconsciente y lo que dicta la cortesía razonable. Aparece incluso un verso despistado, el 945, donde a Minaya se le equipara con el Cid. Todo esto se debe a que la verdad profunda —imposibilidad de arraigar en Aragón por estar predestinado a conquistar Valencia— no puede aflorar todavía en la conciencia del Cid, y en la del juglar pasa lo mismo, si no es que por simplicidad de técnica, pone su saber al compás del de su héroe (ver prólogo).

970 y 995-7. El análisis de estas formas se hizo en el prólogo.

1010. El gran valor de Colada y otras espadas célebres se debía secundariamente al buen acero de su hoja y al oro de su empuñadura. Valían, ante todo, porque eran “antiguas” y tenían historia. Predominaba lo caballeresco sobre lo económico.

Tiradas 62 y 63. Como finales del Cantar del Destierro, la tirada 62 y su coda la 63 merecen algunos alcances, para afinar lo dicho sobre ellas en el prólogo. 1) Es obvio que el conde Berenguer, del que se anticipó su impulsividad vanidosa (960) queda creado de cuerpo entero cuando se le perfila como glotón. Entre medias, este vanidoso sensual, amante del lujo y las comodidades, atacó al Cid con una caballería mejor equipada para la fiesta que para la batalla (992-4). Hasta ahí los antecedentes. Pues bien, al mismo nivel humano, la huelga del hambre se debe a que está herida su vanidad: lo han vencido unos tipos mal vestidos, unos “rotos” (he preferido “rotos”, de plena vigencia, a “malcalzados”, que usa el original en 1023). Sin embargo, dichos defectos del barcelonés son los mismos que en seguida lo salvan, cuando acepta el ofrecimiento del Cid, come y obtiene su libertad. De este modo, el juglar crea un personaje simpático y lleno de vida, cuyas tachas resultan “superficiales”. No le impiden maravillarse ante la superioridad de su adversario y reconocerla; 2) La verdad superficial antedicha, resumible en la vanidad de don Ramón y la generosidad de don Rodrigo, posee un sentido profundo, de orden providencial. Debemos insistir en él, por nuestra parte. El de Barcelona perdió porque llevaba el pie cambiado (los 3 días y 2 noches de 970), y por otra parte, el Cid había tomado sus medidas para enfrentarlo, como guerrero experto y además como héroe clarividente. Así operaría a su favor la magia del 3 (997). Pues bien, esas mismas capas, aparential y profunda, siguen operando en la solución de la huelga del hambre. La glotonería humana hace desistir al conde de su huelga, es causa lógica del desistimiento, pero se da sincronizada con que el Cid formula su oferta de libertad muy a punto: al tercer día, y reforzado

el valor de la cifra con lo de liberar al conde y dos caballeros de su escolta, total, tres; 3) Con lo ya expuesto, podemos entender el episodio del conde de Barcelona pero aislado, reducido a sí mismo, luego prescindiendo de su relación con el Cantar del Destierro como conjunto. Mas no superar tal limitación sería un disparate, pues prescindiríamos del lugar que el episodio ocupa en la composición, como cierre del Cantar, donde el motivo del destierro debe resolverse. Por lo mismo, habremos de añadir algo, a fin de explicitar nuestro punto de vista sobre tales cuestiones. Pasaremos, pues, a hacerlo; 4) El trato concedido a don Ramón Berenguer posee perfiles paradójicos, reveladores de la confianza en sí mismo con que actúa el héroe. Por ej.: devuelve la libertad al vencido, generosidad máxima, y en cambio retiene el botín. Esto equivale a aceptar con ironía que es un vencedor pobretón, jefe de una tropa a trosa. Y lo relativiza todo: el triunfo, el dinero, la generosidad. Por tal vía, nos muestra un Cid muy humano, sin prejuicios de ninguna clase. Ahora bien, el dominio de sí mismo y la clarividencia para penetrar en los designios celestiales son cosas inseparables en el héroe hazañoso, acreditan una misma y única madurez. Por tanto, esa madurez paradójica librará al Cid del riesgo de la desmesura (el que dejó "negras" las tierras de Alcañiz). Y avanzando un paso más, le llevará a entender a fondo su situación: es un exilado, desdicha que debe a la ira del rey... pero el exilio no durará cuanto quiera el rey sino lo que disponga el Padre celestial (1046-8). Así, al relativizar también la saña regia, el motivo del destierro queda resuelto. Gracias a cierto hallazgo, propio de un final de episodio luego abierto a eventos posteriores, termina el Cantar con una solución de alto nivel poético: la esperanza. De pasada, se armonizan varios hechos que al darse parecieron mal avenidos entre sí: el triunfo de Alcocer y el abandono de dicho pueblo (pero con buenos agüeros), las grandes riquezas ganadas y lo pobre de la tierra, el éxito-fracaso de Minaya, que prolonga el destierro pero trae refuerzos y noticias de la familia; 5) Rasgo estilístico muy sutil es el epíteto de "Castellano", dado al héroe cuando despide al conde Berenguer (1067). El contexto inmediato relaciona a este "Castellano" libertador con el catalán libertado, pero catalán se dice "franco" en el lenguaje del Poema, luego afirmar que el conde queda libre, o "franco", a guisa de "muy franco" (de que nació siéndolo) maneja un doble sentido muy ambicioso, implica que la libertad del conde es un derecho natural. Pero si salimos del contexto inmediato, hallamos una reiteración de la supersintaxis muy positiva. El epíteto "Castellano" había sido aplicado al Cid otra vez tan sólo, cuando socorrió a Minaya dándole un caballo (748). Inevitablemente, la acumulación de dos casos tan señeros se produce, y nos revela —entonces— dos niveles de la fraternidad: primero, la estricta de Castilla la gentil,

entre guerreros, a propósito del jefe que deja lo demás para salvar a "uno" de los suyos; después, otra fraternidad más amplia, humana, en que todo un hombre devuelve la libertad a "tres" cautivos. E te nivel máximo de la fraternidad será, por tanto, el modo maravilloso, heroico, de ser "Castellano". He aquí, a no dudar, un buen rasgo de estilo; 6) A lo largo de nuestras notas al Cantar primero (y lo mismo en el prólogo) se ha tratado de enriquecer la perspectiva superficial acudiendo a la revelación mítica y mágica de la verdad profunda: el orden providencial, la predestinación, las cifras indiciarias, la creación idiomática. Tratábamos de acreditar la maravilla épica del Poema, superando su cacareado historicismo y aquel terco soslayar, como supersticiones de época o país, ciertas facetas valiosísimas de la creencia: los agujeros, la misa de la Trinidad, etc. Orientadas así, nuestras notas fueron destacando el valor arquetípico de los procesos, la inspiración rigurosa del juglar, en suma, el rango intuitivo del Poema. Sin embargo, también fuimos insistiendo en valorar las formas estéticamente, según la supersintaxis que las estructura y el efecto sinfónico resultante. En verdad, las formas comentadas eran, de modo inseparable, testimonios psicológicos y rasgos de estilo. Terminaré estas anotaciones al primer Cantar refiriéndome a este aspecto artístico. Los análisis formales, como herederos afinados de la retórica tradicional, no dejan de percibir e ir calificando las formas comentadas por nosotros, incluso cuando ignoran o dejan de lado la sicología profunda. Para muestra, citaré algunas opiniones de Kayser, tomadas de su conocido manual: *Interpretación y análisis de la obra literaria* (Madrid, Gredos, 1954). Sobre hechos visualizables, como el Cid socorriendo a Minaya, el Cid despidiendo al conde de Barcelona, y tantos otros examinados atrás (el mismo héroe atendiendo a la niña de nueve años, o atacando a Castejón cuando el sol apuntaba, o mostrándonosos vencedor con su gran barba, la capucha a la espalda y la espada en la mano, etc.) se pregunta Kayser: ¿qué son, estéticamente, literariamente? Pues bien, afirma que son "imágenes, gestos expresivos del ser humano vistos en primer plano" (*ob. cit.*, p. 504). Un poco antes, ha afirmado que pertenecen a un espacio en continuo movimiento, luego las dichas imágenes están integradas a "procesos". Y desde su perspectiva literaria, continúa diciéndonos que las imágenes en cuestión no son "ademanos teatrales", hinchados o superfluos, ni "reveladores de sustancia anímica" (evita el sicologismo del hecho aislado) sino gestos que "quieren ser conocidos". Después, resume: "Estos gestos expresivos son, en cuanto manifestaciones de sentido, en cuanto alegorías, una especie de emblemas (para evitar la palabra símbolo, que no dice nada)". La postura de Kayser, algo vaga, pertenece a quien se acoge a la continuidad tradicional del emblema y no llega a la necesidad del arquetipo debido

a su deseo de abarcar todo el ámbito literario, sea mítico o sea de otra índole. Con todo, es evidente que Kayser revalida nuestra posición, desde el aspecto literario formal. En cuanto al valor de las formas, en general, asegura: “Lo que sí es característico del arte literario y crea precisamente el estilo es, además de la carga de contenido puesta en las palabras, el hecho de que las mismas categorías de percepción presidan a toda la obra y estén en consonancia con su estructura”. Con tal frase, acepta Kayser la importancia que hemos venido dando, en el Poema, a que las mismas categorías de percepción (que nosotros hemos llamado claves, cifras, tendencias, al matizar nuestro concepto) funcionen en el texto entero: el 2 y el 3. Acreditan que el *Mío Cid* posee de veras un estilo.